

LICEO VALENCIANO.

PERIÓDICO MENSUAL

De Ciencias, Literatura y Artes.

SERIE TERCERA.

Cátedra de Historia universal.

EXTRACTO DE LA PRIMERA LECCION PRONUNCIADA POR EL PROFESOR
DON PEDRO SABATER.

*En el principio crió Dios el cielo y la tierra.
Y la tierra estaba desnuda y vacía.
Y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo.
Y el espíritu de Dios vagaba sobre las aguas.
Y dijo Dios: hágase la luz, y fue hecha la luz.*



ALAS SON, señores, literalmente pronunciadas, las palabras sencillas y sublimes á la vez con que nos revelan los libros santos la grande obra de la creacion. El mundo sumido en el caos, la voluntad de Dios manifestada, y la voluntad de Dios cumplida. No es esta, sin embargo, la sola teoría que nos ha legado la historia de la formacion del universo: la ciencia humana, rival de Dios en su orgullo, y no conociendo los límites que le ha prescrito la naturaleza, ha querido á su vez presentarnos este espectáculo, y multitud de filósofos se han apresurado á trazarlo. No nos detendremos en hacer la pintura de todas estas cosmogonías, porque ridículas hasta el absurdo las mas de ellas, nos empeñarían en gravísimas cuestiones impropias de este lugar, y nos harían perder el tiempo que debemos dedicar á la esplicacion de la

Tomo 2.º

NUM. 3.º = MARZO 1842.

historia. Pero existe, entre los varios cuadros presentados por la filosofía, uno sobremanera magnífico y grande, y faltaria el que habla á la obligacion que ha contraido, sino le anunciase en este recinto. Platon, señores, aquel filósofo, padre de los filósofos, que alcanzó la singular ventura de presentir el cristianismo, nos ha conservado en sus obras el cuadro á que me refiero, y que por las ideas que contiene y por la persona de Sócrates, á quien se atribuye, merece la mayor consideracion.

Habia un Dios, dice este filósofo, que existia antes de haber manifestado su poder en la formacion del mundo, porque su existencia no tuvo comienzo. Igualmente eterna la materia existia en una horrorosa fermentacion, y contenia en sí el gérmen de todos los males: llena de movimientos impetuosos pugnaba por reunir sus partes, y mil principios destructores las separaban al instante. Dios desde *ab æterno* por su bondad infinita, habia determinado formar el universo conforme á un modelo que tenia siempre ante sus ojos. Cuando brilló el momento de esta grandiosa creacion, la eterna sabiduría dió sus órdenes al caos, y toda masa fue súbitamente agitada de un movimiento desconocido y fecundo: las partes que dividia antes un ódio implacable, corren, se abrazan y se encadenan: brilló el fuego por la vez primera en las tinieblas, el aire se separó de la tierra y del agua, y quedaron compuestos los cuatro elementos. Dios, que habia arrojado al mundo un alma universal, ráfaga de la ciencia divina por una parte, y sustancia material por otra, hizo que esta alma dictase sus leyes al universo; leyes eternas, pero irregulares á veces, por la parte material que contiene en sí el alma que las ha dictado.

Esta es, señores, la teoría que atribuye Platon á Sócrates, en una de sus cartas á Dion de Siracusa: basta comparar línea por línea la sencilla esplicacion del Génesis, y la filosófica del mártir de la Grecia, para conocer desde luego que sin embargo de la grandiosidad y magnificencia de la segunda, la sobrepuja y la aventaja la primera. La minuciosa esplicacion del filósofo griego, lejos de darnos una idea alta del Criador, como la que nos da la Biblia, disminuye y rebaja esta idea hasta la esfera de la humanidad. Es mas grande y mas sublime decir, como nos dice el Génesis, *fiat lux, et facta est lux*, que presentarnos como Platon á la materia coexistente con Dios, y agitándose á su palabra: la primera de ambas esplicaciones, la esplicacion sagrada tiene todo el sabor de la divinidad, mientras que la esplicacion profana, al entrar en pormenores y al componernos al universo con horrible pugna y estrepitosa al-

gazara, se convierte en una esplicacion sublime, pero cuya sublimidad no pasa de ser el rapto de un ingenio, mas de un ingenio de hombre. Mucho mas grande es, repito, y mayor poderío representa hablar Dios y alumbrarse el mundo á su palabra; hablar Dios y poblarse el cielo de estrellas; hablar Dios y volar las aves, nadar los peces, bramar las fieras, y vestirse la tierra con túnica de flores. *Hablar Dios, en fin, tomar un pedazo de tierra, y vivir el hombre formado á imágen y semejanza del Criador.*

Formemos al hombre á nuestra imágen y semejanza.

Si la esplicacion de los sagrados libros sobre la formacion del mundo sobrepuja á la de Zoroastro, que no nos dice sino que el criador de todo fue el tiempo, y que su hija primera fue la palabra, y que de ella nacieron Horsmus, dios del bien, y Ariman, dios del mal; si sobrepuja á la que daban los gaulos, que consistia en negar la creacion por suponer eterno al universo; si llena el vacío que se encuentra en la religion de los primitivos egipcios, que nada nos dicen sino que Enef es su dios universal, y que hay otros dos dioses, uno bueno, malo el otro; si sobrepuja, en fin, esta esplicacion á la brillante cosmogonía de Sócrates el filósofo, las palabras con que nos pinta la formacion particular del hombre no llevan menos ventajas, ni sobrepujan menos á las esplicaciones de la supersticion y de la filosofia.

Formado el mundo, dice Platon, derramó Dios en la copa de que se sirviera para la formacion del alma universal, los restos que se habia conservado; encargó á las causas segundas que formasen séres mortales que poblasen la tierra, y estas causas formaron á los hombres, valiéndose para sus cuerpos de materias de los cuatro elementos, y para sus almas de partículas del alma universal. Comparado este modo de formar los hombres con el de los libros santos, nótase desde luego que la Sagrada Escritura ennoblece mucho mas á la raza humana, atribuyéndole el primer tipo al Criador, que no la filosofia griega que le atribuye á las segundas causas. *No se nota menos este mayor ennoblecimiento, si recordamos que Platon no dice sino que formó Dios un ser inteligente capáz de conocerle y de servirle, y advertimos que en la Biblia ya se le dice á este ser á poco de haberle criado, que será el dueño y dominador de cuanto existe en el universo.*

Como quiera que sea, ya tenemos al mundo y al hombre formados; tenemos al palenque y al guerrero; ya tenemos la historia. El mundo es bello, vastísimo y magestuoso, y el hombre es el rey de

este mundo, segun el sentido de la Escritura; pero como hasta de ahora solo se ha formado la especie y no el género; como hasta de ahora no ha nacido la sociedad que necesita para llamarse tal, cuando menos de dos personas, el hombre *especie* está desnudo. Aprovechemos, señores, esta ocasion, y procuremos leer al través de sus formas atléticas, de sus carnes suaves y membrudas al mismo tiempo, de su cabeza cubierta de hermosísimo cabello, y de sus contelleantes ojos; procuremos, repito, leer y estudiar su naturaleza, descomponer su conjunto, analizar sus pasiones y prepararnos para seguirle en su carrera de nobleza y ruindad, de virtudes y crímenes, de gloria y de vilipendio.

Dos son, segun la opinion de todos los sábios, los elementos que han concurrido á la formacion del hombre; dos elementos contrarios *entre sí*, y que le hacen vivir en una *lucha continua y encarnizada* batalla. Ráfaga el uno de ellos de la divina inteligencia, aseméjale á Dios en sus raptos y en sus deseos: materia baja y corruptible el otro, apégale á este suelo, le sujeta á necesidades duras y terribles, y aficiónale á rastreras y perjudiciales inclinaciones. No hay duda en que entre el espíritu y la carne, entre el pensamiento y la egecucion, entre la voluntad y la fuerza, que son los dos elementos de que hemos hablado, existe un semillero de pugna que rara vez suele agotarse, pero sin que sea yo de ningun modo de aquellos que opinan que el hombre es un ser enteramente malo; no soy tampoco de aquellos que todos los vicios y maldades de los hombres las atribuyen á victorias alcanzadas por la materia sobre el espíritu. El alma, señores, que representa en la especie humana la parte que tiene de casi divina, debe de ser formada, como asegura Platon, no solo de rayos de la celeste inteligencia, sino que tambien de materiales oscuros y de gérmenes de maldad; porque suponer que el alma nos inclina á lo bueno, y que si egecuta lo malo es por haber sido vencida por el cuerpo, es suponer que la parte inteligente es inferior á la parte material, y esta suposicion rebaja la parte de divinidad que aquella tiene. El cuerpo, en mi concepto, no es sino el arca de la vida, la cárcel del entendimiento, el esclavo de la voluntad; el cuerpo, en mi concepto, no tiene escesos, no tiene sino necesidades, y no es por consiguiente aquel á quien se le deben atribuir los abusos cometidos por el hombre. ¿Cuándo egecuta algo la parte humana material fuera del dormir, alimentarse etc., que son sus necesidades, y no consulta para ello á la parte intelectual? ¿cuándo fuera de los citados casos obra por impulso propio? En mi concepto, señores, nunca. No sucede asi con el alma:

semejante esta parte de nuestro ser al ángel caído, tiene el conocimiento de todo lo bueno y se arrastra casi siempre hácia lo malo; parecida en su orgullo á aquel que se atrevió á disputarle su gloria al Dios del universo, cede con repugnancia á las exigencias del cuerpo cuando no están en armonía con sus deseos, y conviértele en esclavo suyo siempre que le conviene. El cuerpo que tiene el instinto de su conservacion, rehusa todo aquello que puede maltratarle: el alma que tiene el conocimiento de su eternidad, obliga al cuerpo á destruirse en satisfaccion de sus caprichos: la parte material del hombre tiene necesidad de reposo; la parte intelectual desea llevar á cabo una idea, y la obliga á la vigilia; anhela la primera evitar los peligros, y fuérzale la segunda á salirles al encuentro. Y no se crea, señores, que yo le atribuyo al alma solamente las pasiones grandes, buenas ó malas, atribúyole tambien hasta los excesos de la glotonería y el sensualismo. Jamás los salvages de la Luisiana, de quienes nos dice Montesquieu que cortan el árbol por la raiz para coger el fruto, jamás esos salvages se agradan el paladar con viandas escitadoras para alimentarse luego con exceso, á la manera que escitaba su apetito Ciceron, saboreando las delicadas ostras, para no quedar atrás de sus compañeros en la suntuosa mesa de Luculo. No hay para que detenerme mas en este punto, cuando existe un dicho célebre que le acredita. En una obra, señores, destinada á tratar de las cosas mas obscenas, reconviene un individuo á otro individuo sobre el pecado nefando, diciéndole que jamás los leones se han amado entre sí con deshonesto amor, y contesta el reconvenido con esta significativa frase: *Leones non amant sese quia non filosofuntur*. Los leones no se aman entre sí porque no filosofan.

Aqui tenemos, señores, al racionio, que es el hijo predilecto de la inteligencia, presentado como causa principal de los excesos del sensualismo.

Establecido ya que el hombre se compone de dos elementos, material el uno, intelectual el otro, reconocida la omnipotencia del espíritu y la esclavitud de la carne como doctrina la mas cierta y la mas arreglada á la doctrina del cristianismo, que haciendo responsable al alma de todos los actos de la vida, la promete celeste recompensa ó castigo eterno, mientras que solo condena al cuerpo á entrar en el polvo de donde ha salido; reconocida esta doctrina, siquiera sea audaz y repugnante para algunos, entremos en el exámen de los afectos y calidades de esa parte espiritual tan poderosa; y verdadera y única existencia de los hombres.

Dos son tambien las partes en que puede dividirse el alma que nos anima, y diferentes las virtudes y pasiones que son peculiares de cada una. Destinada la *razon* á contener los ímpetus de nuestro ser, adórnase cuando virtuosa con la prudencia y con la templanza, con la justicia y con la caridad, y cae cuando se pervierte en el egoismo y en la avaricia, en su envidia y en el escepticismo. Destinada la imaginacion á ser el foco de los pensamientos grandes y las ideas seductoras, adórnase á su vez cuando bien dirigida con la fe y la generosidad, el amor á la gloria y el valor, y se arrastra cuando mal encaminada entre la cólera y la ambicion, la prodigalidad y la torpeza. Ténganse presentes, señores, las dos calificaciones que acabo de hacer, porque ellas nos servirán de mucho en las lecciones sucesivas para ir conociendo por un solo rasgo la fisonomía de los pueblos. Bastará decir entonces que los franceses tienen mas desarrollada la imaginacion que la razon para adivinar al punto que son voluptuosos en moral, y turbulentos é inconstantes en política; bastará decir entonces que los habitantes de la Gran Bretaña, tienen mas desarrollada la razon que la imaginacion, para no estrañar desde luego, que sea la Inglaterra la nacion mas avara del universo.

Pero vengamos ahora al exámen de esas pasiones que tienen su asiento principal en nuestra mente; analicemos esos huracanes que rugen dentro de nosotros para hacernos felices ó infortunados segun el giro que les demos. Entre todas las pasiones que luchan en el corazon humano, hay unas que necesitan el desarrollo del cuerpo para vivir, y otras que absolutamente no le necesitan. Pertenecen á esta segunda clase, y nacen por consiguiente con el hombre, el *egoismo* y la *envidia*, el deseo de abarcarlo todo para sí, y el despecho de que le arrebatase otro lo que él desea. Observemos sino á los niños en su infantil carrera, y veremos desarrollados estos dos sentimientos desde sus primeros pasos. Reunid una porcion de juguetes sobre una mesa, colocad inmediato á ella á un niño de pocos años, invitadle para que escoja, y vereis como estendiendo sus tiernas manecitas los abarca todos sin dejarse uno solo. Volved á practicar la operacion, y colocad ahora en vez de un niño cinco niños, dad la señal para escoger, y vereis como despues de haber escogido cada uno el que ha creido mas hermoso, le arroja desesperado y quiere el de su compañero. El egoismo y la envidia, señores, son las pasiones primogénitas del hombre: á su tiempo veremos que son tambien las primeras de las sociedades.

Cuando llegamos al primer tercio de nuestra vida, cuando des-

arrolladas nuestras carnes han tomado toda la hermosura de la juventud, apodérase de nuestro ser un sentimiento grande y dominador de todos los que en aquella época nos agitan, cuyo sentimiento ha sido llamado por todas las naciones el *amor*. Con placer nos empeñaríamos en la pintura de esta pasión si no existiese en el cuadro que acabo de describir un vacío que debemos llenar. Cuando dimos cuenta de la formación del hombre no hablamos sino de la especie, y el género quedó en la nada. Hagámosle salir, señores, de esa nada en donde existe, pues como dicen muy bien los libros santos, no es razón que se encuentre el hombre solo.

Criado el hombre, y á la sazón en que estaba durmiendo tomó Dios una de sus costillas y formó con ella la muger. Ya tenemos señores, el género; se ha cumplido la voluntad del Criador, y el hombre que sin la compañera que le ha destinado el cielo hubiera aborrecido á la tierra, á pesar de su túnica de flores y de su manto de estrellas, apégase ahora al suelo, bendice la hora de su nacimiento, y deja la existencia con invencible repugnancia. Pronto le veremos desconocer por ella á su propio Criador y proclamarse soberano de la naturaleza, llevando donde quiera la desolación y la muerte; mas dejémosles reposar por esta noche en las delicias del paraíso, que no tardará en despertarlos para desgracia universal el silbido de la serpiente. Veamos entre tanto si existe alguna teoría sobre la formación del bello sexo que merezca atraer nuestra atención. Con rubor y sentimiento voy á poner de manifiesto el cuadro ridículo y repugnante que nos presenta Simónides de la formación de la muger; obligame á ello sin embargo, el deseo de no ocultar nada á los que me honran con su asistencia, de cuanto pueda contribuir á conocer en lo sucesivo el carácter de los pueblos y la esperanza que me anima de que la baja y grosera pintura del poeta satírico de la Grecia no escitará sino vuestra risa y vuestro desprecio. Simónides, señores, que como todos los griegos miraba al bello sexo sin comprender los elementos de civilización y de ventura que reúne en sí; Simónides, que como todos los griegos, abandonaba á la muger hasta para los placeres sensuales, y rendía tributo á aquel refinamiento del vicio tan grosero y obsceno como comun entre los atenienses, nos ha conservado en una de sus sátiras la negra pintura que os voy á manifestar.

«Crió Dios al principio las almas del bello sexo en un lugar separado del de sus cuerpos, y valióse para formarlas de diferentes materias.

«Formó á las primeras de los ingredientes que concurren á la formacion de los puercos. Una muger de esta naturaleza es asquerosa en casa, glotona en la mesa, y desaliñada en el vestir. Su morada presenta un espectáculo enteramente parecido al de una zahurda.

«La segunda clase de mugeres la formó Dios de los materiales que concurren á la formacion de un zorro. Estas suelen tener entendimiento y criterio, conocen el bien y el mal, y nada escapa á su penetracion; pero suelen ser viciosas.

«Crió la tercera de partículas de perro, y las que de esta materia se componen son las que el mundo llama regañonas. Su genio es insufrible, y no hay quien pueda acercarse á ellas sin ser arañado.

«Plúgole al Omnipotente formar la cuarta de tierra, y estas son perezosas, viven en la ignorancia y en la inaccion, no se apartan del fuego en todo el invierno, y no se aplican con ardor sino á la comida.

«La clase quinta de las almas fue sacada de la mar. Las que salieron de las aguas saladas son de genios desiguales; pasan regularmente de la tempestad mas borrascosa á la calma mas profunda. Un desconocido que las vea en un momento de calma, las creará una maravilla de la naturaleza; mas espérese un instante, sus miradas y sus palabras han cambiado súbitamente, la rábia está pintada en sus lábios: el iris ha desaparecido y ha vuelto el huracan.

«Sacada la sexta de los ingredientes que sirven para formar una bestia de carga, las mugeres que las reciben son naturalmente de una pereza extraordinaria; mas si sus maridos las hacen sentir el peso de la autoridad que sobre ellas tienen, suelen adquirir vida y complacerles.

«Compuso la séptima de los materiales de que se valió para la formacion de los gatos, y suelen ser estas melancólicas, opuestas á todo goce, y capaces de saltar sobre sus maridos si se les acercan con frecuencia. Sin embargo, tales mugeres suelen ser propensas á deslizarse.

«La octava clase, creada con los materiales de la yegua, se cuida poco de sus maridos. Dedicada á engalanarse, rociarse con olorosos perfumes y ceñir sus frentes con guirnaldas, suele ser un objeto precioso para los estrangeros, á la par que fatal para los esposos.

«Formada la novena de partículas de *mono* hace mugeres maliciosas, que no teniendo nada agradable se emplean en ridiculizar á las que algo tienen digno de estima.

«La décima y última, por fin, fue tomada de las abejas. ¡Dichoso

el hombre que encuentra una muger con una alma de esta naturaleza! Libre de vicios su esposa le amará tiernamente, le criará niños robustos, y no se asociará jamás con mugeres pervertidas. Será, en una palabra, la mejor compañera que haya podido dar Júpiter á los hombres."

Esta es, señores, la pintura que nos hace Simónides de la formación del bello sexo. En las lecciones sucesivas, que destinaremos á la descripción de la muger y sus pasiones, procuraremos vindicarlas de la sátira que acabais de oír. Consolémonos entretanto con la idea, de que no existe exageración ó absurdo que no haya salido de la boca de algun filósofo ó poeta.

ESTRACTO DE LA SEGUNDA LECCION.

Reflexiones puestas por Buffon en boca de Adan, al espirar la primera noche del Paraiso.

Todo se oscureció: todo desapareció: interrumpióse la série de mis ideas, y perdi el conocimiento de mi existencia. Este sueño fue profundo; pero no teniendo todavia idea del tiempo ni modo de medirle, ignoro si fue de mucha duración. El despertar me pareció un segundo nacimiento, y lo único que conocí fue que habia cesado de ser.

La aniquilación que acababa de experimentar me escitó ideas de temor, y me dió á conocer que no habia de ser eterno.

Otra inquietud me asaltó, y fue la duda de si habia dejado en mi sueño alguna parte de mi vivir, y puse en egercicio mis sentidos, y procuré examinarme y reconocerme.

Pero ¡cuál fue mi sorpresa cuando mientras recorria con los ojos los contornos de mi cuerpo, para asegurarme de que nada habia perdido de mi existencia, vi á mi lado una figura semejante á la mia! Toméla por otro yo, y lejos de haber perdido nada mientras habia dormido, creia haberme duplicado.

Puse mi mano sobre este nuevo ser. ¡Cuán embargados quedaron mis sentidos! Aquella figura no era yo; pero era mas que yo, y mejor que yo. Creí que mi existencia iba á mudar de sitio, y á pasar toda entera á la otra mitad de mi mismo.

Senti que se animaba bajo mi mano, y la vi adquirir pensamiento en mis ojos: los suyos hicieron correr por mis venas un nuevo principio de vida; yo hubiera querido darle todo mi ser: esta voluntad ó deseo ardiente completó mi existencia, y me encontré dotado de un sexto sentido.

MILTON.

Avanzaba la tarde tranquila, y el crepúsculo sombrío habia revestido á todos los obgetos con su color. Las aves y las tierras acompañadas del silencio, se habian retirado á sus nidos las unas, y á sus fragosas cuevas las otras. Solo el

ruiseñor velaba; el ruiseñor, cuyo amoroso canto no cesó en toda la noche.

Bien pronto brillaron en el firmamento los záfiros vivientes que le engalanaban. Hespero que conducia á la estrellada milicia, marchaba brillando mas que todos hasta que apareció la luna, y levantándose magestuosa sobre un trono de nubes, ostentóse verdadera reina, y desplegando su luz de perla tendió su argentino manto sobre las sombras.

Dirigiéndose entonces Adan á Eva, díjole asi:

«Hermosa compañera, la noche y el reposo en que se encuentra la naturaleza nos convidan al descanso. Dios ha hecho que el descanso y el trabajo sean alternativos en el hombre como el dia y la noche. El rocío del sueño cierra mis párpados, cayendo sobre ellos con dulce languidez. Las demas criaturas pasan el dia vagando en el ocio, y no tienen tanta necesidad de descanso; pero el hombre tiene su trabajo material é intelectual, lo que demuestra su dignidad, y la atencion puesta por Dios al formarle. Mañana, cuando el fresco anuncie la próxima aparicion de la luz en el Oriente, dejaremos nuestro lecho de flores... mas la noche se aproxima: hermosa compañera, el sueño nos espera.»

Eva, que estaba hermosada con toda hermosura, le contestó:

«Autor y soberano mio, yo no sé sino obedecer cuando tú mandas. Asi lo ha prescrito Dios: Dios es tu ley: tú eres la mia. La gloria de la muger y su mas dichosa sabiduría, es lo que le prescribe el varon. Cuando me encuentro contigo olvido el tiempo, y hasta las tempestades de la naturaleza me son agradables. Dulce es el soplo de la mañana, dulce madrugar al dulce sonido de los cantos de las aves matinales; agradable es el sol cuando derrama su tesoro de luz sobre el Paraiso; perfumada está la tierra, bañada por los riachuelos; encantadora es la venida suave de la tarde, encantadora la silenciosa noche con sus ocios, y esa luna bellissima y esas perlas que forman una córte de estrellas; mas ni el soplo de la mañana cuando aparece festejado por el canto de las aves, ni el sol alzándose sobre el delicioso Eden; ni la yerba ni los frutos, ni la flor ni el perfume, ni la apacible y graciosa tarde ni la noche silenciosa, ni la luna con su temblorosa luz tienen dulcedumbre para mí si no me encuentro á tu lado.»

(Paraiso perdido.)

Grande y sublime es, señores, la pintura que nos hacen Milton y Buffon de los sentimientos que agitaron al primer hombre, cuando al salir del sueño en que Dios le habia hecho reposar, vió á su lado á la muger; empero, por grande y por sublime que sea esta pintura, quédase muy atrás de la realidad, si consideramos este acontecimiento, colocándonos en la posicion de nuestro primer padre.

Solo en el Paraiso Adan, y sin otro espectáculo que el de la naturaleza, á la par que se estasiaria su mente y se agradaria su vista con tan magnífico cuadro, debia sentir un vacío en su corazon, y conocer que no podian llenarle ni las flores de las campiñas, ni el murmullo de las fuentes, ni el tronido de las tempestades.

Nosotros que nos acostumbramos á mirar al bello sexo desde que nacemos; nosotros que en los primeros años de nuestra vida asistimos á sus juegos y diversiones; nosotros que las primeras veces que abrimos nuestros lábios, los abrimos ya para ajar esa belleza dominadora del universo, no podemos comprender profundamente

el grupo de seductoras sensaciones que debia apoderarse del hombre *especie*, cuando entreabriendo sus ojos soñolientos encontró á su compañera. Y sin embargo de los numerosos precedentes que nos impiden admirar cual corresponde á ese ser destinado á formar *nuestra ventura*, ¿quién es capaz de describir lo que sentimos, cuando arribados á la época de las pasiones, logramos estrechar entre nuestras manos la de una jóven de nuestra edad?... Las violentas sacudidas de nuestro corazon en aquellos momentos; la deliciosa expansion de todo nuestro ser pasados algunos instantes; la vida y el calor que adquiere nuestra existencia; el fuego que brilla en nuestros ojos; el temblor que se apodera de nuestras carnes; el nuevo mundo de felicidad y de gloria que brilla entonces á nuestra vista son, señores, sentimientos inesplicables, indefinibles, que no tienen palabras en ninguna lengua, y que solo pueden ser comparados á aquella bienaventuranza ideal con que concibe la mente humana la bienaventuranza de los cielos.

Y con razon y justicia produce en nosotros tan maravilloso efecto la muger. Formada á la semejanza del varon, asi como éste lo fue á la de su criador, sobrepújale en hermosura por la mayor elegancia de sus formas, aventájale en delicadeza por la mayor suavidad de sus carnes, y eclipsale en hidalguía por la mayor ternura de sus miradas. Fornido y nervudo el brazo del hombre, anuncia con su fortaleza que ha sido destinado por el cielo para embrazar las armas, despojar los montes, cruzar los mares, y arrebatarle sus secretos á la tierra. Suave y torneado el brazo de la muger, publica con su blandura y su belleza que ha sido destinado para ceñidor de amores, para sosten de la niñez, para bálsamo de las heridas y consuelo de los desgraciados. Poblado de vello y poco saliente el pecho del primero, parécese á un escudo colocado por la naturaleza para servir de guarda al corazon, mientras que abultado y hermosísimo el segundo, osténtase como la fuente de la vida y el depósito de los cariños. ¿Y qué diremos, señores, de los ojos? Nunca los de la muger aterran con miradas coléricas, como los de los hombres; jamás aquellas pupilas voladoras espresan perfectamente una pasion como no pertenezca á las pasiones celestiales, en que nos sobrepujan de gran distancia. Ofended á una matrona en lo mas vivo de su honor, y veréisla llorar desesperada, y contestar á vuestros insultos con suspiros, hasta que el despecho y su natural orgullo le dictan otra venganza. Ofended en iguales circunstancias á un varon, y el fuego de sus ojos, el resecamiento de sus lábios y el retemblar de sus miembros, os dirán con mudas voces que está sediento de vuestra

sangre. No son estas las únicas ventajas con que vence al hombre la muger; existen otras muchas que la colocan en una altura, de donde es dificilísimo derribarla. Ella, por ejemplo, crea la sociedad, porque domestica al varon y sirve de base á la familia; crea la patria, porque se apega al suelo en donde nace, ama hasta las piedras que pisó en su infancia, y no tiene bastante audacia para abandonar á sus padres ancianos y moribundos, ni á sus hermanos pequeños, á la manera que lo verifica el hombre, llevado de su ambicion y su codicia.

Y sin embargo de tan altas prendas, á pesar de ser la muger una especie de ángel descendido del cielo, el cielo la ha destinado para víctima del hombre; del hombre que la conduce al sacrificio sin tener compasion de su belleza; del hombre que la convierte en esclava suya; del hombre, en fin, que raras veces se acerca á ella sin mancharla.

Con efecto, señores, para conocer á fondo hasta qué punto es destinado el sexo débil para víctima del sexo fuerte, no hay sino fijar la consideracion en las tres épocas en que puede dividirse la vida de la muger. Fijémosla, y veremos al momento que emplea la primera en embellecerse para agradarnos; la segunda en ajarse para conservarnos; la tercera en levantar las manos al cielo para que nos haga venturosos. Se embellece para agradarnos en su juventud, porque solo ambiciona nuestro amor; se aja para conservarnos en su virilidad porque nos amamanta con sus pechos, destruyendo su hermosura; y levanta las manos á los cielos en su vejez, porque naturalmente religiosa la muger, dedica los últimos años de su vida á rogar por sus padres y por sus hijos, por los huérfanos y por los desventurados. Dada esta idea general de la persona que ha destinado el Criador para acompañar al hombre en su carrera, anudemos la narracion que quedó pendiente en la otra noche, y volvamos al exámen de las pasiones.

Profundamente racionó Madame Stael, cuando hablándonos en una de sus obras del amor, nos dijo que esta pasion era un episodio de la vida del hombre, y la vida completa de la muger. El bello sexo, señores, ha sido arrojado á la tierra para personificar al amor; el orgullo, la vanidad y las demas pasiones que dominan en su corazon, están subordinadas á ésta, que es su todo. Cumpliendo con su apacible destino, la muger ama cuando niña á sus juguetes con mucho mas cariño que nosotros; ama cuando jóven á sus amantes con mucha mas violencia que nosotros; ama cuando madre á sus hijos con fuego mas ardiente que nosotros, y siempre, por último,

pero en particular en su ancianidad, ama á sus ángeles y á sus dioses con fé mas pura y con mayor vehemencia que los hombres.

No por eso se crea que el alma de la muger se halla exenta de otras pasiones, despedázala á menudo como hemos anunciado, pero subordinadas al amor, el orgullo y la vanidad. La primera de estas, segun el célebre dicho de una escritora francesa, es el remedio que ha colocado Dios en su pecho para sufrir las traiciones de los hombres: la muger, dice Madame Genelis, raras veces olvidaria sin el orgullo que la domina; mas este sentimiento es una de sus armas defensivas, y la causa principal de que no se vea á todas horas pisoteada por los hombres. Hemos citado á esta escritora, porque convencidos de que el corazon del bello sexo es una arca misteriosa que oculta muchos secretos que se escapan á nuestra vista, queremos recurrir á sus mismas confesiones para revelarlos.

Respecto á las demas pasiones que agitan á la muger, ¿quién desconoce que son hijas del amor? Ella es capaz de todo cuando ama; es una leona que todo lo despedazará si asi conviene á sus amores; es un Job que todo lo sufrirá con resignacion si asi lo exige su cariño. Conducidla á los tormentos mas atroces, y escupirá su misma lengua en el rostro de sus verdugos, para no descubrir entre los dolores á su amado; decidla que es forzoso cometer un crimen para ceñir las sienes de un hijo suyo con una corona, y mandará matar á Británico como Agripina, para asegurar á su hijo, el discípulo de Séneca, en el imperio del universo.

No han faltado entre la multitud de sábios y filósofos que se han propuesto examinar la condicion humana; no han faltado señores algunos que mal avenidos con el sexo hermoso ó escasos de comprension, le hayan atribuido á esta mitad preciosa de nuestra existencia, el torpe vicio de la voluptuosidad y el sensualismo. Sin opinar nosotros como Lutero que defendia públicamente que las pasiones sensuales habian sido establecidas por Dios con fuerza mayor que la que habia dado á sus mandamientos, no dejaremos de vindicar á la muger de esta calumnia, comparando su carnalidad con la de los hombres.

El bello sexo, señores, toma el tipo de sus costumbres, de las costumbres que ostenta el sexo fuerte. La perversion de la moral y el desenfreno de las pasiones, ha sido en todos tiempos el resultado forzoso de una multitud de circunstancias á que no ha concurrido la muger. Hija la corrupcion de Grecia, por egemplo, de la filosofia de Epicuro, en los griegos reconocia su causa que la estudiaban y no en las vilipendiadas matronas de aquella nacion: remedo y contagio la

corrupcion romana de la de Atenas por los jóvenes romanos que frecuentaban aquella ciudad, habia sido apadrinada y difundida. Las mugeres, repito, toman el modelo de sus costumbres, de las costumbres de los hombres, y agena es la culpa si llega à pervertirse el bello sexo. Cuando el digno descendiente de Calígula, deseoso de cortar de raiz el desenfreno de las matronas que se entregaban à sus esclavos, dictó aquella ley que las condenaba à la esclavitud, ya habia dictado Augusto, pero en vano, la famosa Papia Popea que invitaba à los ciudadanos al matrimonio que aborrecian; cuando la obscena Mesalina pasaba las noches en los lupanares de Roma, ya habia manchado César el lecho del imperio durmiendo en traje de muger con el monarca de Bithinia.

Ademas de esto, señores, es tan falso y calumnioso que la muger sobrepuja en sensualismo el sexo fuerte, como cierto que el sexo débil queda fuera de círculo, y abandonado cuando la corrupcion llega à su extremo. Rival de Dios en su orgullo la mente humana, como digimos la otra noche, empéñase cuando se corrompe y extravía en contrariar à la naturaleza, y fuerza y atormenta à la materia para arrancarle placeres desusados. En las épocas principalmente en que el hombre llega à olvidarse de Dios, en aquellas épocas en que triunfa el ateismo de la religion, suele ser muy comun la demencia de nuestra alma y casi seguro el desprecio de las leyes naturales. Cuando irritado el Señor determinó derramar la copa de sus venganzas sobre los pueblos de Sodoma y de Gomorra, aquellos pueblos que, segun nos dicen los libros santos habian desconocido al Omnipotente, desconocieron tambien à la muger; cuando olvidada en Grecia la filosofia de Pitágoras y Platon, fue sustituida por las dudas del pirronismo; aquella Atenas que desconoció à los cielos, desconoció tambien à la muger, cuando estinguida la ardiente fe de la república romana convirtieron los ciudadanos los antiguos templos en teatro de orgías y sacrilegios, aquellos hombres que habian desconocido la influencia de sus Dioses, desconocieron tambien à la muger. ¡Sublime y venturoso destino, señores, el del bello sexo; vivir à la par con Dios en el corazon de los hombres, y desaparecer con él cuando los hombres se corrompen!

Examinada la muger con aquella rapidez que es necesaria é indispensable en mis lecciones, volvamos à tomar al hombre que dejamos al lado de su consorte, y hagamos un análisis de sus afectos.

Episodio el amor no mas de la vida del hombre segun la ya citada espresion de Madame Stael, conviértese en amistad à poco de haber nacido, ó truécase en libertinage. De cualquiera manera que acon-

tezca, es indudable que el amor está destinado á sucumbir, porque á medida que va adquiriendo mas edad el sexo fuerte, van saliéndole al encuentro otras pasiones, que encontrándose en mas armonía con su organizacion le roban rápidamente su cariño.

Suele ser la primera en levantarse y aguijar el pecho, aquel deseo de gloria tan natural en la juventud y que con tan bellos colores nos pinta nuestra mente. Rica la imaginacion en los primeros lustros de nuestra vida y con una idea exagerada las mas veces, pero grande siempre, de sus propias fuerzas, tiende el hombre su vista de águila sobre la tierra, y prepárase á volar por la inmensidad, mirando con sublime desprecio cuantos obstáculos se le presentan. Si el campo escogido por el jóven para conquistar la gloria ha sido el campo de la sabiduría, veréisle ocultarse en la flor de su edad á los ojos de sus semejantes, robarle sus desahogos al corazon, negarle al sueño su tributo y escasear sacrificio hasta ver coronados sus esfuerzos. Si el palenque escogido por el jóven para circundarse con la aureola de la inmortalidad ha sido la carrera del valor, veréisle acometer el primero en las batallas, pisar el primero la ciudad enemiga en los asaltos, y al través de la túnica de sangre y polvo con que se cubre, leereis en su radiante frente el sublime pensamiento que le domina.

Grandes han sido en todos tiempos los efectos producidos por ese amor á la gloria tan natural en el hombre. A él se deben la fundacion de los imperios, la creacion de las ciencias, la dominacion de los mares, y todos aquellos acontecimientos que han llenado de asombro y admiracion al universo. El en fin, segun la grandiosa espresion del poeta,

De Virgilio en la trompa resonaba,
El pínzel de Corregio dirigia,
En la voz de Demóstenes tronaba,
Y la lanza de Arístedes blandia.

Mas el amor á la gloria, señores, no suele ser desinteresado, sino en los albores de nuestra juventud. *Scientia inflat*, han dicho las sagradas letras, y estas dos palabras tan sencillas forman la máxima mas profunda de cuantas máximas hay escritas. La ciencia y el valor llenan de orgullo al que los posee: envanecido el hombre con estas dotes, créese superior á sus semejantes, y agrádase en que le rindan acatamiento.

Tal es el invariable curso de las pasiones humanas. A poco de creerse un individuo mayor que los demas, no se contenta ya con que el aura popular se lo publique; párecele corto homenaje el

sentimiento de admiracion que cree inspirar, y desea que la pompa mundana le corone. Este deseo que lleva consigo el ánsia de mando y de poder, es el deseo que llamamos *ambicion*. No hay para que encarecer los efectos que ha producido en todos tiempos esta passion; ella es la causa principal de la mayor parte de las revoluciones acontecidas en el mundo; ella la que ha derramado á torrentes la sangre en todos los pueblos; ella, en fin, la que levanta y hunde los tronos, la que corona á los reyes, y amarra á la cadena á los esclavos. Empero no se crea que todas las ambiciones son iguales. El ambicioso que no ha perdido en la cumbre de su grandeza el amor á la gloria que le ha hecho triunfar en su áspera carrera, osténtase cual *genio bienhechor*, derramando beneficios como Tito sobre sus semejantes, mientras que el ambicioso, cuyo amor á la gloria no ha sido sino el medio escogitado para obtener los bienes mundanales, se arrastra como *Vitelio* entre los vicios, y convierte el cetro de oro en látigo de lacayo, que sacude inclemente sobre sus compatriotas.

Con efecto, señores, el amor á la gloria y la ambicion no son siempre dos pasiones morales, como generalmente se ha juzgado. Ama á veces la gloria el conquistador, porque le tienden alfombras los vencidos en su paso; porque le abren sus arcas las ciudades, y porque su córte de adaladores suele presentarle para pasto de sus sentidos la hermosura de cien doncellas y los perfumes de cien naciones, mas quiérelo el cielo, y los ambiciosos de esta naturaleza rara vez consolidan su poderío. *Vitelio* que habia derribado á su antecesor para convertir el palacio de los Césares en manubia y en mesas de Estado los tribunales, solo reinó, señores, algunos meses. Sentada tenia apenas en su frente la imperial diadema, cuando le obligaron á ocultar su existencia los soldados de *Vespasiano*, cuando cubierto de lodo y polvo fue á morir como un reptil al cuarto de los porteros.

Dada ya con rápidas descripciones una suscinta noticia de las tres pasiones históricas del hombre, que son, como llevamos dicho, el amor á la gloria, el orgullo y la ambicion, poco nos detendremos en la pintura de los demas afectos, porque á pesar de que algunos de ellos se presentan con síntomas terribles, no tienen grande influencia en los acontecimientos de los pueblos, y son por consiguiente agenos de nuestra cátedra. La venganza, señores, á pesar de haber sido la causa de aquella guerra de Troya, tan elegantemente cantada por *Homero*, no es passion de grande influjo en los negocios públicos, porque revestida del carácter personal y esclu-

sivo, solo en los pueblos bárbaros y en los tiempos de la antigüedad solia producir algunas guerras de nacion á nacion. Considerado sin embargo este sentimiento bajo el aspecto popular, suele ser como un torrente salido de su cauce que todo lo destruye; pero la pasion que conocemos con el nombre de venganza, no es la misma venganza que se atribuye á los pueblos, ni conviene á nuestro propósito analizarla. Tampoco la avaricia ni las demas pasiones que pueden ser designadas con el nombre de domésticas ó familiares, convienen á nuestro propósito: las que hemos creido sobremanera influyentes en la historia de los pueblos, han sido las que hemos llamado históricas, y ya están esplicadas.

Formado el hombre y la muger, y considerada ya cada una de estas personas con relacion á sí misma, vengamos por último á cumplir con ellas el primero de sus deberes, y á examinarlas en su nueva posicion. El Dios del universo, que despues de haber criado al hombre no quiso que se encontrase solo en este mundo, le dijo á nuestro primer padre cuando puso á su lado á la muger, que se la daba para esposa y compañera. Obedezcamos pues nosotros al mandamiento del Criador, y observemos á los dos esposos en su nuevo estado.

Verdad indudable es, señores, que ráfaga de la divina inteligencia la imaginacion humana, é inclinada por la parte de divinidad que en sí contiene á todo lo grande y estrepitoso, se agrada en las empresas atrevidas, y gusta llevar su vuelo hasta lo mas alto y encumbrado; pero tambien lo es que el hombre que busca la felicidad entre la algazara de la vida pública, se vé muy pronto obligado á volver atrás la vista desengañada, y á buscarla en la familia. El matrimonio, esa institucion contemporánea del primer hombre, es sin disputa alguna la institucion mas social del universo. Base y renovacion de la familia, al mismo tiempo, es el paño suave que enjuga las lágrimas del que ha quedado huérfano en el abril de sus dias, y el semillero de las generaciones y de los héroes. Si un dia, para desgracia general, llegasen á ser elevadas á la categoria de leyes aquellas teorías de los filósofos de Grecia, que arrancándole sus derechos á la maternidad hacian comunes á las mugeres y á sus hijos, la escasa ventura que ha derramado el Criador en este mundo desapareceria para siempre, sumiéndonos para siempre en el infortunio. El matrimonio, repito, es la institucion mas social del universo; es una sociedad, cuyas ganancias materiales y morales son

seguras, cuando la buena fé y el amor presiden á su formacion. Desgraciadamente para el género humano, una sociedad tan humanitaria tiene, como si fuera una pequeña nacion, sus guerras intestinas y extranjeras, y sus elementos de prosperidad y de abatimiento. Dejando la designacion de estos elementos para cuando internándonos en la historia de los pueblos hablemos de sus costumbres, sigamos ahora versículo por versículo la narracion de los libros santos, y reflexionemos sobre su contenido.

Creded y multiplicaos, son las primeras palabras que dirige el Criador á todos los séres en el instante en que salen de sus manos; y *creced y multiplicaos*, han sido las palabras que han repetido desde entonces los sacerdotes de todos los pueblos, al unir á los esposos ante el altar sacrosanto. En su lugar hemos insinuado que considerando Lutero este versículo de la Escritura con una fuerza mayor que la que ha dado Dios á sus preceptos, le coloca en el número de las necesidades vitales. El *crescite et multiplicamini*, decia este audáz reformador, *non est præceptum sed plus quam præceptum: est que magis necessarium quam edere et bibere*. Sin entrar nosotros en el exámen detenido y profundo de esta opinion, no podemos menos de manifestar que si no le damos tanto vigor al versículo de las sagradas letras como el que le da Lutero, no le creemos tampoco reducido á una simple enunciacion del secreto de las generaciones. Asentar como asienta el audáz reformador, que el apetito sexual es otra de las necesidades humanas, y que nadie puede evadirse de su satisfaccion, es negarle al hombre una de sus mayores virtudes posibles, y atacar por su cimiento el celibato del sacerdocio; pero asentar como asientan otros, que el *crescite et multiplicamini* no es un *precepto*, es desconocer el fondo de inmoralidad y perversion de que es capaz la naturaleza humana, y no haber fijado la vista en las páginas de la historia.

El hombre, señores, naturalmente voluptuoso é inclinado al sensualismo, ha encontrado mas de una vez el secreto de satisfacer esta pasion, y dejar sin cumplimiento el precepto de la Biblia. ¿Quién puede extrañar que se le haya impuesto al hombre por mandamiento moral la repoblacion del mundo, cuando han existido épocas históricas en que ha sido forzoso proclamar este precepto como ley civil? Roma, señores, sin los esfuerzos de Augusto, hubiera perecido quizás por consuncion en los primeros siglos del imperio. Reducida á ciento veinticinco mil la lista de los ciudadanos inscritos en el censo durante la dictadura de César, cuando habia contado cuatrocientos cincuenta mil en el año 682 de su fundacion, caminaba la

dominadora del universo, segun el testimonio de Appiano y de Plutarco, á su completa despoblacion, sin otra causa conocida que el maleamiento de sus costumbres. El pueblo romano, segun el dicho de todos los escritores, habia olvidado el precepto de *multiplicar la especie*, y ni los premios mas lisongeros inclinaban á los varones al matrimonio, ni las mas grandes esperanzas hacian sufrir á las matronas los dolores de la maternidad. Si pues ha existido una época histórica en que ha sido menospreciado este precepto, notoria es la falsedad de la opinion de Lutero, que le hace tan necesario como el dormir y alimentarse, y notoria tambien la inexactitud de los que le creen una simple enunciacion de los secretos de las generaciones.

Las palabras dirigidas por el Criador á los primeros séres, ademas de ser una ley que les impuso, y en virtud de la cual quedaron obligados á propagar su especie, fueron el modo con que anunció la conclusion de su obra, y un impulso dado á la naturaleza para que la continuára por sí misma. No hay sino fijar la vista en los libros santos, y ver como dejando desde este momento la historia de la creacion, comienzan la de los hombres.

No son de cierto muy lisongeras las primeras páginas de esta historia; pero nadie puede negarles la grandeza y la magestad, que han sido posteriormente el carácter con que ha sellado la raza humana sus acciones. Pisado habian apenas la carrera de la vida Adan y Eva, cuando escitados por la serpiente agradan su paladar con la fruta prohibida, y huellan el mandamiento de su Hacedor. Encontrados son los dictámenes de los teólogos y comentaristas, sobre el verdadero delito simbolizado en el pecado original. Opinan unos que este pecado no fue sino de desobediencia; creen otros ver en la alegoria el adulterio; y juzga la mayor parte que no es sino el orgullo lo que representa. Sin entrar nosotros en el fondo de la cuestion que nuestros lábios profanos no sabrian resolver, inclinámonos á seguir el último dictámen, porque vemos colocada á la raza humana en su verdadero palenque, y nos es mas lisongero creer que nuestros primeros padres perdieron el Paraiso por querer asemejarse á Dios, que creer que le perdieron por un goce pasagero y villano que no nos revela su dignidad.

Y en hecho de verdad, señores, ¿qué otro delito pudiera cometer el hombre que nos revelase tan completamente la alteza de su origen y el heroismo de su pensamiento? Nuestros primeros padres disfrutaban en el Paraiso de todas las delicias de la vida: si las flores despedian perfumes, era para agradecerles; si soplaban los céfiros

blandamente, era para recrearles y adormecerles con deleitosos ensueños; si la naturaleza toda obedecía su mandato, era porque habian sido proclamados por el Omnipotente los *Reyes del universo*. Sin embargo de esto, señores, la serpiente le habia dicho á la muger, que si probaban la fruta del árbol vedado *serian iguales á su Dios*; y la muger, que no tiene otro afan que ver resplandeciente y enaltecido á quien adora; la muger, que se agrada mas con la grandeza de su compañero que con la suya propia, requiere y escita á su consorte para que coma, y para que se eleve comiendo hasta la altura de la divinidad.

El hombre, que raras veces resiste á los halagos seductores de la que fue formada de una de sus costillas; el hombre, cuya imaginacion se inclina á todo lo grande y lo sublime, como en su lugar digimos; el hombre, en fin, que vió posible conquistar la ciencia de su Hacedor y hacerse su semejante, olvidóse del Eden donde moraba, y de sus delicias, y probó la fruta que habia de quebrantar la venda que cubria sus ojos, y preparóse para escalar el olimpo. Desgraciadamente para su raza, el Dios del cielo vió con indignacion el orgullo manifestado por su criatura, y condenó á los dos esposos, y con ellos á la humanidad, á vivir en perpétua lucha con su propia naturaleza, y á regar la tierra que pisaban con el sudor de su frente y el llanto de sus ojos. La historia del género humano desde aquel entonces, no es sino un tegido de calamidades y de infortunios. Al pecado de Adan sucedió el asesinato de Abel; y al asesinato de Abel, la corrupcion del universo. Esta es, señores, en breves frases descrita, la historia de la primera época del mundo. ¡Historia de pocas páginas en verdad; pero grande por sus acontecimientos, y terrible por sus consecuencias! Cuando bajemos del arca santa para repoblar la tierra, y veamos desarrollarse y crecer la semilla que ella guardaba, entraremos en la historia de las sociedades y los gobiernos, y examinaremos la obra de los hombres con mas detenimiento que hemos examinado la de los cielos. ¿Ni cómo detenernos mas tiempo en la historia de la creacion, cuando tememos profanarla con nuestras escasas luces y limitado entendimiento? La obra de los hombres es justiciable de su posteridad, la de su Criador solo es justiciable de su Criador. Humillemos pues nuestras frentes, y no abramos nuestros lábios sino para ensalzar sus glorias y reconocer nuestra pequeñez y nuestra miseria.

ESTUDIOS HISTORICOS.

MARTIRES.

Vimos á los discípulos de Cristo, fraccion imperceptible en la inmensa sociedad romana, dar el grito sublime de la libertad. Vimos á los oráculos mudos en sus templos abandonados, á las antiguas divinidades muriendo de decrepitud; despues, en medio de todas aquellas ruinas, saludamos la aurora de la nueva religion. Digimos la angélica pureza de la familia cristiana, cuando la disolucion mas espantosa ostentaba hasta en el recinto de los manchados templos la torpeza de sus orgias y la obscenidad de sus prostituciones.

Pero cuando el cristianismo se presentó en frente de aquel orden monstruoso, hubo para defenderlo como una especie de hipocresia de conveniencia, y el mismo que se burlaba de los dioses en la intimidad de la vida doméstica, creyó interesado su honor en defenderlos cuando se vino á atacarlos. Aveníanse admirablemente con un culto sin deberes, y una moral toda de goces y pasiones; y el politeismo, aunque sin base ni apoyo alguno en el corazon ó la conciencia, era á lo menos un uso, una antigua tradicion, y formaba aun el fondo de la sociedad romana. El presidio, y se mezclaba á todo. Las ciudades estaban llenas de sus templos, en que el arte habia apurado sus maravillas, y esparcido con profusion todas sus riquezas; sus poetas escitaban la admiracion; sus espectáculos y fiestas atraian á la muchedumbre: brillaba en las enseñas de las legiones victoriosas y el recuerdo de su grandeza, de los triunfos que creian habia asegurado al nombre romano le envolvia con el prestigio y la magia de la historia, y de los acaccimientos pasados.

Sin embargo las semillas de la palabra divina sembradas en aquella sociedad, se desarrollaban lentamente, maduraban en silencio y preparaban el triunfo de la religion de Cristo. Digimos que el cristianismo se habia hecho pueblo primeramente, para llegar de lo bajo á lo mas elevado de la sociedad. Asi una preocupacion del orgullo, una vanidad filosófica impedia á los grandes examinar aquel culto nuevo, cuyo gefe era mirado como un malhechor castigado en Jerusalem con el suplicio de los esclavos, y cuyos primeros seguidores habian sido hombres oscuros, mugeres y pobres pescadores. La preocupacion prevalecia sobre la razon, y el orgullo ahogaba la con-

ciencia. Por donde acontecia, que los dogmas de la religion cristiana eran ó ignorados por indiferencia, ó desfigurados por desprecio.

Pero cuando por acaso, algun espíritu reflexivo acostumbrado á pesar los destinos de las naciones, llegaba á considerar la pequeña poblacion cristiana, y se elevaba por la independenciam de su juicio sobre las preocupaciones de su tiempo, deteníase maravillado ante aquella sociedad de tan brillante porvenir, especie de oasis en medio de aquel desierto de doctrinas, y lo que la curiosidad habia comenzado, acabábalo comunmente la fe: hacíase cristiano.

Con efecto, era algo imponente y mágico aquel pueblo de hermanos diseminados en todos los puntos del globo, pero unidos con los lazos de la misma fé [y del mismo amor; puros, cuando el aire que les rodeaba estaba como impregnado de impureza; no formando todos sino un corazon y una alma, cuando estaban rotos todos los lazos de hombre á hombre, cuando no habia ya otro sino la cadena remachada del Señor al esclavo: sencillos en sus acciones, pero sublimes en su fé, cuando la razon humana agitándose tantos siglos, no habia sentar mas que principios inciertos y contradictorios, resu- midos en una religion ignoble, y una espantosa moral.

Asi pues, las virtudes de los primeros fieles obraban en el mundo moral, como sus doctrinas en el mundo de las inteligencias. Nada es tan contagioso como la caridad. Facultad de nuestra alma, que es amor, el egoismo, el interés, pueden disecarla y marchitarla: pero nunca está tan desterrada del corazon del hombre, que no acuda á recobrar su puesto, cuando un sentimiento generoso, un desprendimiento sublime escita las lágrimas, arranca la admiracion, y dispierta las simpatias.

Los cristianos de la naciente iglesia la practicaban heróicamente. Les hallaríais do quier habia un dolor que consolar, un infortunio que socorrer, sacrificios que hacer. El esclavo achacoso ó quien su amo habia desamparado, nunca iba á tocar en vano á la puerta del cristiano; en el rincon de las calles, donde el débil niño, espuesto por un padre sin entrañas, se revolvía sobre un poco de paja, único tributo que la piedad del pasagero habia á sus dolientes quejidos, encontrabais al cristiano que abrigaba en su pecho aquel infantito, llevábaselo á su albergue, pobre muchas veces, ó iba á solicitar en su favor la largueza ó el asilo del rico; á la puerta de los Trimalciones de Roma le hallabais aun partiendo su pan con el anciano, el pobre que se moria de hambre, sin que esta caridad se alterase jamás, sin que una palabra de desdén ó una pregunta indiscreta hiciera sonrosearse el semblante del desgraciado.

Pero cuando la voz de la fama ó el silencioso mensajero, enviado por la pequeña comunidad cristiana, traia la nueva de que uno de los hermanos habia obtenido la gloria de sufrir por Jesucristo, que se le habia encerrado en calabozos, ó desfallecia en las entrañas de la tierra; ¡oh! entonces se despertaba pujante aquella caridad activa y misericordiosa. Viajes lejanos y peligrosos, carreras arriesgadas en medio de las tinieblas y emboscadas, nada arredraba al cristiano, al sacerdote.

Porque habia un atleta que consolar, que fortalecer, y nutrir con el pan que dá el valor de lo alto, y era muy rara cosa que el guardian de la prision, ó el soldado que velaba á la puerta del calabozo, no se dejara enternecer, ó no se hiciera cristiano.

Sus enemigos estaban asombrados de estas virtudes que no podian comprender. Luciano, que ha derramado sobre la providencia y la virtud cuanto el sarcasmo tiene de mas cáustico y mordaz, ha dado sin saberlo el testimonio mas brillante de aquella abnegacion sin limites. «Es cosa nunca oida, dice, la activa solicitud de esos hombres; cuando alguno de ellos ha caido en la desgracia, á nada perdonan. Estos miserables se figuran que vivirán siempre; desprecian la muerte, y muchos se entregan voluntariamente á los suplicios.» Y nosotros tambien podremos ser testigos de estos prodigios de abnegacion que inspira el cristianismo. Si la persecucion llegara á pesar sobre esta nacion desventurada, tambien tendríamos á mas de un sacerdote proscrito, que saliendo de su retiro partiera con un báculo en la mano para ir á llevar palabras de paz á alguna oveja de su esparcida grey. Como en la primitiva iglesia, tambien aqui habria peligros que correr, y tiranos que desafiar; y la bendicion del pobre pastor caeria igualmente sobre el verdugo y la víctima. El cristianismo es siempre el mismo; recluta, y renuévase en la sangre de las venas y del cadalso. Nunca faltan héroes á los verdugos que contra él se envien, siempre hay caridad para el odio.

Asi una causa secreta difundia la piedad en el universo, y aquella caridad compasiva no dejaba de influir en la vieja sociedad disecada por el egoismo. Aquellos beneficios, aquel amor sin limites que se estendia asi sobre el idólatra como sobre el mismo cristiano, llenaban de admiracion y asombro, como cosa inaudita é incomprendible. Pero elevábase de alli un sentimiento de igualdad, de compasion recíproca, de fraternidad, que disipaba paso á paso las ideas feroces de la conquista y de la esclavitud. Asi el cristianismo se establecia lentamente en el corazon antes de asentar-

se en la inteligencia, y triunfaba de la idolatría por medio de la humanidad.

Otro cuadro va á desplegarse á nuestra vista, cuadro vasto cuyas figuras inspiran todas respeto, y arrebatan la admiracion. ¿A dónde va ese populacho desenfrenado, dando feroces aullidos por las calles, arremolinándose por las plazas, arrojándose á oleadas en los anfiteatros? ¡Los cristianos á los leones! tal es el grito, el espantoso grito, que resuena como un trueno en las profundidades de Roma. Aquel pueblo ha menester sangre en sus fiestas; necesita registrar con sus ojos las entrañas de las víctimas, que haya despedazados miembros tendidos horriblemente por la arena; que el resuello de la agonía halague sus oídos. ¡Oh! entonces habrá en aquella asamblea inclinada ansiosamente en las gradas, delirio, bramidos, rabia, deleitamiento, frenéticos palmo-teos, risas atroces....,

Sí, que ha venido la hora del combate para los discípulos del que fue el primer mártir de su religion. El mundo entero se levanta contra ellos, y de todos los ángulos del globo se alza el temeroso clamor que todavía nos hiela de espanto á tantos siglos de distancia. ¡Qué de matanzas, qué de atroces suplicios! hay para cubrirse el rostro con ambas manos, cuando fija uno casualmente los ojos en las páginas que cuentan friamente esos tormentos: ¡hay para escupir al rostro del hombre, y maldecir de su fiereza! ¡Pero cuánto valor también, qué sobrehumana fortaleza en aquellos ancianos y mugeres, en aquellas delicadas doncellas y tiernecitos niños, en toda aquella multitud que canta en los calabozos, que ríe en las hogueras! ¿Para qué me habláis de los rasgos de heroísmo de los antiguos guerreros de Roma? ¡La muerte! ¿pero qué es eso en un campo de batalla, cuando hay gloria en caer allí? ¡Pero la muerte, la muerte lenta y horrorosa, la muerte bajo las uñas de la bestia feroz del Africa! ¡la muerte de los caballetes! ¡la muerte de la hoguera, cuando está allí la multitud para veros morir, la horrible multitud! ¡Oh! ¡esto es lo que llena de espanto, lo que os oprime el corazón de un cierto horror que no tiene nombre en las lenguas humanas!

Y sin embargo, de esa muerte morían diariamente millares de cristianos: porque en las diez grandes persecuciones que sucesivamente embistieron al cristianismo, la sociedad estaba como partida en dos; de un lado la multitud que pedía sangre para deleitarse en ella; del otro los que caminaban á la muerte como se corre á un festín. El cristianismo está de tal manera fundado, que su

historia humanamente hablando, nada tiene que envidiar á ninguna otra historia. Llámese esto fanatismo, norabuena; la palabra no importa, la cosa queda. Aun seria cierto al cabo, que ese fanatismo ha producido acciones que no tienen par en ninguna nacion del mundo.

Pero si se mira con los ojos con que mirarse debe ese gran período histórico, ¡oh! es bellísima cosa en verdad, y no sé que pueda leerse esa historia sin que conmueva el alma. En aquella lucha todos pagaron su sangriento tributo; la muerte á nadie perdonó, y todos la miraron con sonrisa. Húbola pausada, horrible, que hace erizar los cabellos y rechinar los dientes. Unos fueron crucificados como su maestro; otros vestidos con pieles de bestias, fueron devorados por los perros; algunos embarrados con azufre sirvieron de antorchas en las fiestas que daban los emperadores.

Y nada de todo esto importaba; y por cada cristiano que moria, otros veinte renacian de su sangre. ¡Oh! entonces era dulce morir! En aquella época de fé sincera y de viva esperanza, el alma sentíase como oprimida en su prision de carne, y aspiraba á la muerte como á la libertad. «Yo os escribo, decia San Ignacio, obispo de Antioquia, á los cristianos de Roma: os escribo con vida, pero codicioso de la muerte. Dejadme ser pasto de las fieras; soy el trigo de Dios. ¡Ojala molido con sus dientes, sea yo convertido en verdadero pan del Señor!... ¡Oh! pueda yo gozar de las bestias que me están preparadas!... ¿Qué podian contra este santo entusiasmo Neron, y Domiciano, y Septimio Severo, y Decio, y Galerio? La persecucion de Diocleciano fue espantosa entre todas las demas; estendióse en un momento desde las orillas del Tiber hasta los confines del imperio. Espanto pone la larga relacion de Eusebio y de Lactancio, segun son de atroces las cosas que contiene. Y sin embargo, encontráronse alli filósofos para escribir contra los cristianos, para componer sátiras y lisonjas. ¡Qué sátira la que se escribe al resplandor de una hoguera con una pluma mojada en sangre! ¡Qué lisonja la que acaricia el oido del amo, pasando por encima de la espirante víctima!

Pero ¿por qué razon esa Roma tan tolerante con todos los cultos, que habia elevado el panteon para que sirviera de asilo á todos los dioses, á quienes daba derecho de vecindad; la que para mas agradar á los vencidos abandonaba sus antiguas divinidades por los mas brillantes de la Grecia, asi desmintió su tolerancia para con el Dios de los cristianos?

Preciso es ir á buscar en otra parte que en el ódio inspirado por una religion que comienza, la causa de toda aquella sangre vertida; así como es preciso ver otra cosa que la fortaleza del hombre en la fortaleza de los mártires. El primer altar de la religion de Cristo fue un madero sangriento, donde el mismo Cristo fue inmolado el primero. La espiacion por la sangre es la base del cristianismo, y la sangre de los mártires fue una compensacion, un holocausto que no debia cesar, sino cuando el holocausto gentil hubiera desaparecido. Esto explica la duracion de las persecuciones, y los intérvalos que las separan. Cuando los sacrificios ofrecidos á los ídolos comenzaban de nuevo en los templos, los sacrificios sangrientos de las arenas y los anfiteatros tornaban tambien á comenzar. Y siempre continuaba esta inmolacion providencial del hombre, y la mano de los verdugos no era sino el instrumento de lo alto, y el equilibrio se mantenía en la balanza eterna, y el martirio salvaba al mundo.

Si de las gradas del anfiteatro bajamos á lo profundo de las catacumbas y de los retiros subterráneos; si dejamos la iglesia que padece y triunfa por la que ora, y se oculta, ¡oh! tambien hay algo que habla al corazon, en aquellos sagrados misterios celebrados apresuradamente, en que la voz amenazadora del soldado viene frecuentemente á interrumpir, antes del fin del sacrificio, la del sacerdote cristiano.

¡Qué escenas aquellas escenas nocturnas! Noches de consuelos y amarguras, de esperanzas y temores, en que cada vez están mas vacíos los puestos: ¡tanta es la priesa que se da el verdugo en matar! Noches frecuentemente sin dia que les siguiera; pero noches llenas de encanto, en que el sacerdote dice las palabras del cielo á aquellos pobres proscritos, que en la patria no tienen patria ya, y en la inmensidad del universo no poseen un lugar fuera de aquel en que puedan decir en alta voz: ¡somos cristianos!

Aquel era el tiempo de la fé, de esa fé ardiente y vigorosa que levanta los montes. Y ¡cómo no recordar todavia con admiracion estas memorias del antiguo tiempo de las persecuciones, cuando á cincuenta años de distancia vemos renovadas calamidades semejantes, cuando las páginas de la historia contemporánea semejan tanto á las de la historia pasada? Llena está la vecina Francia de esos parages secretos, donde la piedad de los fieles ocultaba la hóstia santa de las profanaciones sacrilegas; y la humilde piedra do se celebraba el misterio santo, es con frecuencia bañada en lágrimas, como la que el viagero va á besar en las catacumbas de la antigua Roma.

¡Destino singular del cristianismo! Signo de contradiccion desde

su cuna, perseguido en nombre de todos los errores y pasiones de los hombres, nunca se ostenta mas grande y hermoso que cuando la Providencia le entrega á sus furores. Cuando sus enemigos se ufanan de su derrota y se gozaban en su triunfo impío, en aquel momento alzaba su vencedora frente, y coronado de celestes palmas, sentábase glorioso en el trono imperial de Constantino. Asi ha acontecido siempre, y asi acontecerá. ¿Qué importa que los poderosos de la tierra se aunen para su daño, que bramen de furor las naciones, y los pueblos mediten cosas vanas? El que mora en los cielos se rie de sus sacrílegos esfuerzos, y la religion no perecerá. Protegida por la mano del Altísimo que le prometió la inmortalidad, se adelanta hácia la eternidad, acogiendo á los que quieren seguirla. Si despiadados tiranos la persiguen, si hijos ingratos la abandonan, no sufre por su furor y apostasía, y continúa su marcha magestuosa, derribando toda altura que se levanta contra la ciencia de Dios. Por espacio de mil ochocientos años está viendo á los reyes hundirse en el polvo; á nuevos pueblos aparecer en la escena del mundo, y desaparecer luego para siempre. Pues bien: sobre las ruinas de los imperios ha podido plantar la cruz del Salvador, y esclamar con toda verdad: Jesucristo reina siempre; era ayer, es hoy, y será en todos los siglos. *Christus heri, hodie, ipse et in sæcula.*

V. M. y Florez.

VIAGE AL CIELO.

ANECDOTA DEL SIGLO XIX, ESCRITA EN FRANCÉS POR S. HENRY BERTHOUD, Y TRADUCIDA LIBREMENTE AL CASTELLANO.

En el año 1803, vivia en la ciudad de Altona, capital de Holstein, un hombre llamado Ludwig Klopstock, ingenio distinguido, á pesar de la opinion general de sus conciudadanos, que no veian en él otro mérito que el de llevar el gran nombre de Klopstock, ni otro título á la gloria que el de ser el sobrino del poeta de la *Mesiade*.

Si se ha de decir la verdad, Ludwig daba márgen al desden con que se miraba su talento: siempre distraido y pensativo, buscaba los sitios solitarios, pasaba las horas con los ojos clavados en el cielo, era desarreglado en sus asuntos domésticos, y finalmente no se le

conocía ninguna profesion ni oficio productivo. Vivía muy medianamente, del módico producto de una heredad que poseía en la aldea de Oltenzen, y de una renta de 800 libras, aproximadamente, que le rendía un capital puesto en casa de un negociante. Por lo demas, ni sus meditaciones al aire libre, ni sus estudios de doce horas sin interrupcion en el laboratorio donde se encerraba, habian producido jamás el menor resultado conocido. Cuando alguno le preguntaba qué era aquello que hacia en medio de sus instrumentos físicos, y qué era lo que veía al través de su grueso telescopio; bajaba los ojos, enrojecia, y tartamudeaba algunas palabras desconcertado: de modo que el que le preguntaba, quedaba convencido de que Ludwig era un imbécil.

Esta idea acerca del talento de Ludwig, se hizo mas unánime en Altona, cuando se divulgó la noticia de que trataba de casarse con una jóven de 16 años, huérfana de padre y madre, y sin mas dote que su virtud; cosa, á la verdad, poco apreciada generalmente en este siglo positivo.

Klopstock, imperturbable ante la burla de que era obgeto, recibió por esposa á Ebba; y á pesar de los vaticinios de los fisgonnes, bien pronto el órden y la limpieza que se hallaban desterrados de su casa, si es que alguna vez en ella existieron, se vieron florecer, dando á la desolada mansion un aire de fiesta y alegría.

El mismo apareció desde entonces en la ciudad vestido con limpieza, en vez de llevar como antes, tintas sus ropas con manchas de todos colores. Su lívida flaqueza y macilento color fueron reemplazados por una gordura, que dió al rostro frescura y alegría. Se le veía aun todas las tardes hasta bien entrada la noche, dar largos paseos por el campo, pero en vez de errar á la ventura, iba guiado y conducido por Ebba. Los ojos de ésta miraban á tierra, en tanto que los de su marido se elevaban al cielo: ella le sostenía en cierto modo, como los ángeles de que habla el salmo, para que las piedras del camino no lastimasen sus pies.

Poco á poco fue abultándose el talle de Ebba, y una mañana contempló Ludwig en sus brazos, los ojos bañados en lágrimas, un hermoso niño: el primer hijo que tanta emocion causa en el corazon paternal. Desde entonces el sábio se dedicó menos á la ciencia: olvidó su telescopio para mecer en sus rodillas á su querido hijo, cuya sonrisa espiaba con mas atencion y placer, que antes se afanaba para sorprender la misteriosa conjuncion de las estrellas.

El niño crecía: era hermoso como su madre, y su espaciosa

frente prometia á Ludwig una grande inteligencia. ¡Ah! una noche se cubrieron de púrpura las tiernas mejillas del hijo de Ludwig; su respiracion era penosa, y en sus ojos se notaba un fuego extraño..... ¡la hora era llegada!..... Cuando amaneció el dia no habia en el regazo de Ebba mas que un cadáver.

La pobre madre pensó morir de dolor. Ella hubiera querido que Dios reuniese en la misma tumba su cuerpo con el cuerpo de su hijo, asi como habia reunido sus almas en el cielo. La de Ebba no descendió otra vez á la tierra: su cuerpo se agitaba al azar: su boca solo proferia palabras sin sentido... ¡estaba loca!

Los amigos de Ludwig le aconsejaban enviase á su muger á un hospicio, donde mediante una módica pension, se desembarazaba del desagradable y triste espectáculo que ocasionaba en su casa la presencia de una insensata; pero él se indignaba de oír semejantes consejos, y persistia en sufrir la insensatez de su esposa, con la misma ternura y atencion de que habia dado pruebas cuando ella gozaba de la razon. Acabaron los estudios para el sábio: él empleaba toda su inteligencia, sus dias, sus noches, todo su tiempo, en complacer las caprichosas manías de la loca. Todos acabaron por creer que estaba tan loco como su esposa.

Nada desanimó á Ludwig durante cinco años, ni fue capaz de entibiar su cariño por Ebba. Al cabo de este tiempo una nueva desgracia vino á probar su ánimo: el negociante, en cuya casa tenia depositado su capital de 800 libras de renta, hizo bancarrota y se fugó. Sin embargo de que este acontecimiento dejó á Klopstock sin otro recurso que la insignificante renta de su posesion de Oltenzen, aun hubiera sufrido con paciencia, pues tenia su alma bastante fuerza para experimentar mas privaciones; pero estas privaciones hubieran refluído en perjuicio de la pobre Ebba, y resolvió presentarse en el colegio de Altona para obtener una plaza de astronomía, que á la sazón se hallaba vacante.

No es posible figurarse qué de congojas y disgustos sufrió el pobre tímido que jamás habia salido de su pueblo, y cuyas relaciones no pasaban de una incompleta amistad con dos ó tres personas, cuando se trató de solicitar un empleo, esponer su demanda al burgo-maestre, y someterse á la desdeñosa decision de los consejeros. Nadie tomó en consideracion su solicitud, y se hizo venir un profesor de Drontheim.

Cuando llegó esto á noticia de Ludwig vendió su casita de Altona, y partió para su heredad de Oltenzen, no llevando consigo otra cosa que sus instrumentos de física y su telescopio. Ebba le seguia

maquinalmente, y sin saber qué era aquello que sucedía: su alma, ya lo he dicho, estaba siempre en el cielo con la de su hijo.

La casa que Ludwig poseía en Oltenzen, estaba situada cerca de la iglesia; y desde una de las ventanas se descubría el sepulcro de su tío, á que daba sombra un tilo, plantado en otro tiempo por el gran poeta.

Ludwig despidió á su arrendador, y se puso á cultivar sus tierras con mas inteligencia y fuerza, que empleó jamás en cuidar de sí. Los aldeanos empezaron por reír de sus tentativas é innovaciones, pero acabaron por imitar su método agrícola.

El tiempo que Klopstock no pasaba ocupado en la labor, lo dedicaba al estudio con mas asiduidad que nunca. Como el sueño asemeja á los amigos, en eso de no prodigar sus favores sino á los que son dichosos, el pobre sábio pasaba las noches sin dormir, estudiando los astros: dejaba el arado para coger el telescopio. Ebba, durante estas vigiliias consagradas á admirar las maravillas celestes, con la cabeza apoyada en las rodillas de su esposo, se entregaba á una especie de sopor, muy parecido al sueño de la muerte.

Ludwig, que ordinariamente estaba triste y pensativo, bajó una mañana de su observatorio, mostrando en su rostro y acciones una alegría desconocida: ¡si Ebba hubiese recobrado la razon, las demostraciones de alegría del sábio no hubieran sido tan enérgicas! Empleó seis noches en escribir una larga carta, de la cual nunca quedaba satisfecho: la rompió y volvió á empezar varias veces; la adicionó con notas, y consultó de nuevo su telescopio.... En fin, concluido su importante trabajo, cerró y selló su memoria, y la entregó en el correo de Altona, tomando la precaucion de franquearla, y exigir un recibo del conductor. El pliego iba dirigido al director del observatorio de Hamburgo, y contenia el descubrimiento de la revolucion de Saturno en diez horas y treinta y dos minutos. Hé aqui la respuesta que recibió:

«Si vuestra carta no es un chiste impertinente, habeis llegado un poco tarde á reclamar un descubrimiento, hecho y publicado hace quince dias por M. Federico Guillermo Herschell.»

A esta cruel anticipacion, que le arrataba la gloria que habia conquistado para su nombre, Ludwig no dió otra señal de disgusto que la triste sonrisa que era en él habitual.

Este hombre tímido y oscuro, estaba devorado por la sed de gloria, y trabajaba dia y noche por adquirirse un nombre. Sentia en su espíritu una fuerza misteriosa, que le elevaba sobre todo lo vulgar, y que solo necesitaba manifestarse para brillar por siempre;

pero la miseria en que vivía, y la desgracia que tenáz le perseguía, le imposibilitaban darse á conocer.

Cuando dos años despues anunció que *era posible solidar el ácido carbónico*, nadie se dignó leer su memoria, ni examinar los diseños que espuso para la construccion de la máquina necesaria para la egecucion de la esperiencia. La academia de Hamburgo despreció el tardío descubrimiento de la revolucion de Saturno, y graduó de ilusion la grande operacion, que algunos años despues habia de hallar de nuevo el ilustre sábio M. Thirolier.

Muchos pasaron sin que Ludwig saliese de su aldea, ni hiciese nuevas tentativas para publicar el resultado de sus estudios.

Un dia, mientras el aereonauta Bitorff, en medio de un concurso inmenso de espectadores, se preparaba á partir de Hamburgo en un globo, vióse atravesar la muchedumbre, y llegar hasta el viajante, un hombrecito pobremente vestido de negro, que sin ninguna ceremonia le propuso acompañarle en la ascension que iba á verificar. Bitorff creyó desde luego estar hablando con un loco; mas como el desconocido insistiese y ofreciese oro al aereonauta para obtener lo que deseaba, acabó por consentir en ello, con tanto mas gusto, cuanto que lo estraño de la proposicion y el debate que la siguió, habian escitado vivamente la curiosidad del público; pero declaró á Ludwig que su ascension no seria hasta de alli á dos semanas, pues el globo que tenia preparado no era bastante fuerte para dos viageros. Ludwig consintió en esta dilacion, y tomó tranquilamente la via de Oltenzen.

Durante estas dos semanas, no se habló de otra cosa en Hamburgo que del proyecto de Ludwig Klopstock. Esto recordó la antigua historia de la revolucion de Saturno, descubierta despues de publicada por Herschell, que se referia adornada con mil bufonadas é invenciones peregrinas; y nunca habia visto Bitorff al rededor de sí tantos espectadores como contemplaron sus ojos el dia que debia verificar su ascension con su compañero de viage.

Ludwig, intimidado de verse el blanco de las miradas de un pueblo inmenso, se acercó al globo, y fue embutiendo en la barquilla los instrumentos de física de que iba cargado para hacer sus esperiencias durante el viage; pero con gran pesar suyo, el aereonauta le obligó á dejar en tierra una parte de su equipage. En seguida pidieron plaza, desataron las cuerdas, y el globo se elevó rápido como un águila.

La primera sensacion de Ludwig, cuando se sintió llevar por la frágil máquina, fue de terror. El inmenso abismo que veía bajo

sus pies, turbó la mente del sábio, y en medio del vértigo que le poseia, iba á arrojarse á la tierra, arrastrado por una fuerza desconocida, cuando su compañero le asió del brazo y le retuvo en el sitio. Una vez arrancado á este peligro, recobró la razon, resolviéndose á pasar por todo, y se puso á mirar á la tierra con tal sangre fria y serenidad de espíritu, que maravillaba al aereonauta. En la fisonomía del sábio no se distinguia la mas leve señal de las sensaciones que experimentaba su alma. A medida que se alejaba de la tierra, se hubiera dicho que su alma se purificaba, y desembarazaba de las prisiones del cuerpo. Una felicidad indecible le penetraba el corazon; un dulce calor le vivificaba; sus pensamientos se elevaban con una fuerza sobrenatural... habia olvidado todos sus sufrimientos, todas sus humillaciones de aqui abajo. No, no era el mismo... en derredor suyo resplandecia una especie de luz, semejante á los reflejos del ópalo: encima de su cabeza se desplegaba magníficamente la inmensidad del cielo: bajo sus pies se alejaba la tierra, y el horizonte se desenvolvía lentamente. Los rios presentaban á la vez sus sinuosidades; las ciudades y poblaciones parecian salir del seno de la tierra; el mar se extendia á lo lejos como una dilatada vestidura de seda agitada por los vientos; los campos aparecian como escudos de armas cuartelados de verde y púrpura; las florestas como mantos oscuros que cubrian las llanuras; los hombres no eran mas que pequeños puntos que se movian aqui y allá... ¡y al rededor de los aéreos viajeros ni el mas leve movimiento, ni el mas imperceptible rumor!... ¡Un silencio profundo, absoluto! Pero no ese silencio triste y sombrío de las soledades humanas, sino un silencio melodioso, por decirlo así. Parecia que los lejanos rumores del cielo llegaban hasta sus oidos.

Mientras Ludwig se entregaba á sus impresiones nuevas y sublimes, Bitorff, familiarizado con ellas, dirigia el globo, y se ocupaba de las diversas experiencias, segun el programa que habia convenido con su compañero antes de dejar la tierra. Cuando conoció por sus cálculos la altura á que se encontraban, dijo á Ludwig:

— Estamos á seiscientos metros del mundo.

El sábio se estremeció, pues la voz del aereonauta resonaba con una fuerza sobrenatural, y que nada tenia de humana. La atmósfera comenzó á enfriarse, y en vez de las dulces sensaciones que antes experimentaba Klopstock, fue sintiendo poco á poco las incomodidades propias de un tiempo vivamente frígido. La voz de Bitorff perdió su maravillosa vibracion, y un zumbido extraño ensordecia sus oidos: estaban á mil doscientos metros.

Diez minutos despues, creyó Ludwig distinguir un murmullo cuasi ininteligible. Quiso preguntar á Bitorff, por qué no le dirigia la palabra; mas con indecible sorpresa, él mismo no oyó su propia voz, y fatigó en vano su pecho y su garganta, haciendo esfuerzos para proferir aquellas palabras.

—Estamos á dos mil metros sobre la tierra, pudo oir al fin de boca de Bitorff. La dilatacion del gas hidrógeno contenido en el globo, continuó éste, que se desenvuelve á medida que nos apartamos del sol, ha tomado tal expansion, que me veo obligado á abrir la válvula. Sin esto la cubierta del vehículo estallaria, rota por sus esfuerzos.

En tanto, una nube de color oscuro, á manera de un espeso velo se estendió sobre la tierra, ocultándola enteramente á los ojos de los viageros. De alli á pocos momentos se oian cruzar sordos rugidos á lo lejos, por bajo del globo: despues eran terribles estampidos; rápidos relámpagos batian sus alas de fuego al través de aquel caos; encendidas culebrinas se lanzaban de todas partes, y se perdian en los oscuros senos de la niebla. Tiene algo de horrible esta revolucion de los elementos, contemplada por dos hombres silenciosamente aislados en las terribles soledades del aire, sostenidos por la fragilidad de un globo de tafetan hinchado por un poco de hidrógeno. Bitorff sintió el corazon estremecerse de terror: Ludwig demostraba una especie de alegría salvaje; se agitaba sin cesar, reia como un insensato, y aplaudia con las manos... Se hubiera dicho que el genio de las tempestades estaba presidiendo á sus horribles espíritus.

El globo se elevaba aun por un movimiento regular é imperceptible. La niebla acabó por no ser mas que un punto negro, que poco á poco fue disipándose, hasta desvanecerse: la tierra apareció de nuevo, pero confusamente. Fijando mucho la atencion, se distinguian aun los grandes caminos, semejantes á hilos de color oscuro; y los grandes rios, como cabellos de oro y plata. Bajo los aereonautas resplandecia el cielo con una serenidad de que no es posible tener idea: el azul tomó una tinta de sombra oscura, que se fue templando hácia las partes inferiores en tintas verdosas.

—¡Cuatro mil metros! dijo á su compañero que estaba temblando de frio, Bitorff, cuya voz comenzaba á recobrar su fuerza.

Esta voz resonaba aun en sordas vibraciones, cuando un cuarto de hora despues exclamó:

— ¡Seis mil metros!

No se veían ya sino grandes mazas informes sobre la tierra. Bitorff dió libertad á dos aves que habia traído en el globo. Los pobres animales tendieron sus alas para tomar el vuelo, pero cayeron como si fueran de plomo: el aire, escesivamente dilatado, no pudo prestarles apoyo. La respiracion de Ludwig se hizo mas difícil; su pecho se oprimia, y al mismo tiempo que el frio le helaba, sentíase escitado por una agitacion febril: su corazon latia apresurado. Los dos pájaros y otro animal, que quedaba aun en la barquilla, fueron presa del hipo, y no tardaron á morir, faltos de aire vital.

— ¡Ocho mil metros! dijo Bitorff.

Su voz era sorda otra vez, y con un gesto indicó á Ludwig que ya nada quedaba bajo sus pies. En efecto, la tierra y las nubes habian desaparecido: el espacio inmenso del vacío rodeaba al globo de todas partes. El frio se habia hecho ya intolerable; la anhelante respiracion bastaba apenas para la conservacion del calor animal. La sangre saltaba por los ojos, narices y oídos de los dos audaces viajeros: la voz ya no se oía. El globo, único obgeto que les quedaba á la vista, parecia pronto á aniquilarse, pues el gas hidrógeno se evaporaba impetuosamente. Debajo de ellos el azul del cielo: encima de sus cabezas unas tinieblas estrañas y desconocidas, al través de las cuales lanzaban los astros una ligera é incierta claridad sin resplandor, que tenia algo de fúnebre. ¡Allí fenecia la naturaleza física! ¡Allí están las barreras puestas por Dios á la audacia de los hombres!

El gas se condensó, y el globo cesó de subir.

— Amigo, dijo Bitorff á Klopstock, sino queremos morir, debemos emprender el descenso á la tierra. Ya lo veis, la mano divina ha escrito aqui en letras terribles: *No irás mas allá.* ... ¿Pero qué haceis? ¿habeis perdido el juicio? ¿quéreis aligerar el lastre? ¿por qué os quitais los vestidos?

— Es que yo quiero ir mas allá, respondió Ludwig con entusiasmo. Sí, yo quiero traspasar esas barreras impuestas al hombre. Mirad, desembarazando el globo de todo lastre, subirá aun: cortad la barquilla, agarrémonos de las cuerdas, y ganemos el cielo.

Dijo, y empezó á poner en egecucion su proyecto. Bitorff se precipitó hácia la válvula, y á pesar de los esfuerzos de la desesperacion de su compañero, dió libre salida al gas. El globo comenzó á descender; el aire era menos helado, á medida que llegaban á atmósferas menos heladas. La tierra apareció luego bajo la forma de una masa pardusca é indistinta: despues tomó poco á poco una orma

mas clara y regular; recobró sus partes detalladas; los rios y caminos se distinguieron, crecieron los hombres y los animales, y el globo tocó por fin en tierra á dos leguas de Hamburgo.

Bitorff prorumpió en gritos de alegría: Ludwig Klopstock lloraba de rabia y desesperacion.

—¡Hubiéramos traspasado las tinieblas de lo infinito! decia á su compañero.

—¡Hubiéramos perecido! le respondia éste.

Ludwig, sin prestar la mas ligera atencion á los trasportes de alegría, y ruidosos aplausos que rodeaban á los dos valerosos viajeros; sin responder á los miembros de la academia de Hamburgo, que le suplicaban escribiese una memoria sobre lo que habia observado y experimentado; sin estrechar la mano de aquel con quien habia compartido sus peligros; se alejó silenciosamente, montó á caballo, y emprendió sin detenerse el camino de Altona.

Alli hizo un buen acopio de lienzos engomados; cargó su compra en la grupa del caballo, y llegado á Oltenzen, se encerró en su casita, de donde no salió una sola vez durante el dia por espacio de un mes entero. Nadie pudo penetrar en su mansion durante este tiempo: nadie, ni los jornaleros de su heredad, ni una diputacion que le envió la academia de Hamburgo, ni el cura de la aldea. Ni siquiera se dignaba responder al través de la puerta que rehusaba abrir. Sin el paseo que daba con su muger por la noche, sin las pocas veces que salia á comprar comestibles, se le hubiera creído muerto en su casa.

Este misterioso encierro daba lugar á mil suposiciones estravagantes. Los unos pretendian que Ludwig habia perdido la razon en su aéreo viage: los otros, que estaba escribiendo una obra de magia. Esta última suposicion no carecia de fundamento, pues se acabó de conocer que Klopstock estaba construyendo una máquina estraña semejante á un gran pescado, armado de grandes remos, como las aletas de aquellos animales, los cuales se movian en medio de una combinacion de ruedas, á la par sencilla y admirable. Esto se supo, cuando una mañana los habitantes de Oltenzen apercibieron á Ludwig en el aire montado en su gran pescado, al cual dirigia con la misma facilidad que un caballero á su dócil caballo. A pesar de la violencia del viento contrario, él lo dirigia á derecha, á izquierda, adelante, atrás, arriba, abajo; y últimamente descendió al patio de su casa.

El cura, hombre instruido, lleno de admiracion, y á riesgo de ser indiscreto, llamó fuertemente á la puerta de Klopstock supli-

cándole vivamente la abriese, lo que así verificó el sábio. Introdujo al sacerdote en el patio, y á la primera mirada comprendió éste que Ludwig habia encontrado el secreto de dar direccion al globo.

—¡Amigo mio, le dijo el ministro, vuestro nombre es inmortal! ¡el universo entero lo repetirá con entusiasmo! ¡qué gloria será la vuestra!

—¡La tierra!..... ¡la gloria!.... repuso Ludwig con desden. ¡qué me importan!.... A ocho mil metros de aquí, hay una línea que nadie ha podido traspasar..... ¡Yo iré á veinte mil!..... ¡Yo iré á doscientos mil!.... ¡yo iré cerca de las estrellas!.... ¡llegaré á las estrellas!.... ¡iré mas allá!.... ¡penetraré los últimos secretos de la naturaleza!.... ¡La inmensidad!.... ¡lo desconocido me pertenece!.... ¡Yo he hallado el medio de dirigir mi globo!.. ¡este era un problema fácil de resolver!.... ¡he hecho mas aun!.. el gas hidrógeno que contiene mi máquina, manteniendo su dilatacion, se concentra á mi placer sin desperdicio: tengo tambien los medios de procurarme el aire vital, sin lo cual no es posible respirar allá arriba: el frio lo he vencido lo mismo, y nada podrá sobre mí!

El cura estaba petrificado al contemplar tanto genio y demencia á la vez.

—Adios, repitió Ludwig; ahí teneis mi testamento: si perezco en mi empresa ó no vuelvo mas á la tierra, os encargo el cuidado de velar sobre esta pobre muger. Adios.

Sin escuchar las reflexiones del digno eclesiástico, subió en su globo, y ya iba á remontarse, cuando Ebba, que le estaba mirando con torvos ojos, corrió hácia él con los brazos tendidos, y se agarró á la máquina gritando:

—¡Te vas! ¡te vas!

—Tienes razon, exclamó el sábio despues de un momento de reflexion. Ven: ¡tú partirás conmigo la fortuna ó la desgracia!

Subióla á la barquilla, la colocó junto á sí, y saludando al cura emprendió su vuelo.

El ministro le vió algun tiempo maniobrar con facilidad su máquina, que acabó por elevarse rápidamente, hasta que solo se distinguía un punto negro que se confundió con el azul del cielo.

El digno eclesiástico esperó con ansiedad la vuelta de Ludwig Klopstock.

Ludwig Klopstock no ha vuelto mas.

Juan Antonio Almela.

LA TUMBA DE MI MADRE.**FANTASÍA.**

Era la tarde, y tras la alzada cumbre
De las erguidas rocas de Occidente,
Hundia el sol la luminosa frente
Tiñendo de carmin los horizontes;
Y dejando su lecho tras los montes
Que alzan sus crestas, de robustos chopos,
Y de robles gigantes coronadas,
Asomaba la luna por Oriente,
Dejando en su camino
Un rastro cristalino
De blancas nubes, que la luz ardiente
Recibiendo del sol, se matizaban
Con las preciosas tintas de la rosa,
Y con bellos colores
Que ofuscaban la lumbre temblorosa
De las puras estrellas,
Que también derramaban desde el cielo
Sus luces melancólicas y bellas.
El apacible céfiro agitaba
Con blando soplo, las fragantes flores;
La fuente murmuraba,
Y alzaban su cantar los ruiseñores.
Yo recorría un prado delicioso;
Y al ver del cielo la profunda calma,
Al mirar el azul del cielo hermoso,
Sentí bañada el alma
De tan dulce tristeza,
Que del estenso prado la belleza,
Que hace triscar á ninfas y pastores,
A mí me hizo llorar: hirió mi mente
Una idea tristísima: mi frente
Cubrió una nube, y exhalé un suspiro,
Y absorto en melancólicas ideas,
Con planta indiferente
La pradera crucé: por largo espacio
Anduve á la merced de mi destino,
Sin seguir ni sendero, ni camino;
Y cuando ya la sombra silenciosa
El postrimer crepúsculo apagaba,
A un recinto llegué donde reinaba

El silencio, la paz: cuatro cipreses
Por el aura nocturna estremecidos,
Sus troncos gigantescos elevaban,
Y una tumba de mármoles,
Cual mudos centinelas circundaban.
No lejos se escuchaba de una fuente
El murmurar; y el cárabo doliente
Saludaba con fúnebre graznido
A la callada noche
Desde su oculto nido.

Al pisar aquel suelo misterioso,
Latió mi corazón; tembló mi planta:
Un helado sudor bañó mi frente;
Y al tender afanoso la mirada,
Reconocí el lugar: ¡Madre adorada!
En tu tumba me hallé; y en el instante
Doblando sobre el césped la rodilla,
Lágrimas derramé; y en aquel punto
Los astros á mi ver se amortiguaron;
Los cipreses también se estremecieron;
Las altas puntas hácia mí doblaron,
E inclinadas así las mantuvieron.

Y en tan solemne instante, embebecido
En tristes pensamientos, recordaba
Días mas venturosos;
Y al plácido sonido
De la fuente que cerca murmuraba,
Así á mi madre saludé; y el eco
A mi voz desde lejos contestaba.

Madre adorada que en la tumba fria
En sueño eterno reposando estas,
Escucha el suspirar del alma mia,
Oye mi voz, atiende mi cantar.

Oye la voz del huérfano que llora
Desde dejaste el mundo engañoso,
Oye la voz del que tu sombra adora,
Como adora la imágen de su Dios.

Yo era feliz cuando contigo ufano
Del ancho valle la estension crucé,
Yo era feliz cuando tu blanca mano
Me guiaba en las calles de un vergel.

Entonces yo de la purpúrea rosa
Cortaba el tallo con placer pueril,
Y con ella al ornar tu frente hermosa,
Sentía alegre el corazón latir.

Entonces en tu seno recostado
Despreciaba el amargo padecer,
Y érame el mundo viéndole à tu lado
Mansion mas dulce que el sagrado Eden.

En el suelo encontraba bellas flores,
En las fuentes doradas grato son,
En las nubes fantasmas de colores,
Y en tí caricias, inefable amor.

¡Mas ay! bajastes á la tumba fria
Y contigo llevaste mi placer;
Huyó á mis ojos el fulgor del dia
Y sumido en la sombra me encontré.

El mundo que tan bello yo juzgaba
Cuando á mi lado lo cruzabas tú,
Que por bello al Eden lo comparaba,
Es hoy un valle sin rumor ni luz.

Ya no me placen las fragantes flores,
Ni hallo en las fuentes apacible son,
Ni en las nubes fantasmas de colores,
Ni hay para mi caricias, ni hay amor.

Que las mugeres que en el mundo miro,
No saben por imbéciles amar:
No me prestan consuelo si suspiro,
Cual tú me consolabas en mi afan.

Que el que pierde una madre idolatrada,
Pierde tambien la dicha y el placer;
Y aunque halle amor, de la muger amada
Al fin vendidas las caricias vé.

Por eso yo, sobre tu losa fria
Hora vengo á verter llanto sin fin,
Pues contigo mi amor y mi alegría,
Madre adorada, y mi gozar perdí.

Deja del cielo la mansion dichosa
Donde entre aromas reposando estas;
Baja á mis brazos, madre cariñosa,
Un momento mi pena á consolar.

Ven, y haz que goce, aunque ilusoria sea,
La dicha que à tu lado disfruté:
¡Madre adorada! que tu sombra vea
Un solo instante, y gozaré otra vez.

I.

Aqui llegaba con mi triste canto,
Cuando la losa del sepulcro frio

Despareció, llenándome de espanto,
Y un féretro mostrándome vacío.
Ni aun ceniza encontré; y acervo llanto
Con dolor derramé, viendo que impío
El tiempo destructor del mismo modo
Con su soplo feroz lo acaba todo.

II.

Ya pensaba que el cielo despiadado
Mis súplicas filiales desoía,
Y al mirar el sepulcro abandonado
Juzgué inútil el llanto que vertía;
Pero de pronto del sepulcro helado
Una nube salió que despedía
Un pálido fulgor, y de repente
Vi de mi madre la serena frente.

III.

Cuán hermosa á mis ojos se mostraba;
Con que cariño al seno me estrechó;
Yo estático de amor la contemplaba,
Y ella al verme feliz, se sonrió.
Su boca con mi boca se juntaba,
Mi corazón de gozo palpitó;
Y fue tal mi placer, tal su ternura,
Que á impulsos desmayé de mi ventura.

IV.

Y cuando abrí los ojos fatigado,
Me hallé tendido en el angosto lecho;
El cuerpo todo de sudor bañado,
Trémulo el lábio, y agitado el pecho:
La mirada tendí, triste, azorado,
En derredor de mi aposento estrecho,
Y encontré la ilusión desvanecida,
Que un momento endulzó mi amarga vida.

N. Camilo Jover.



1. GUERRERO Y MUGER FRANCOS. (en el año de 408)
 2. GUERREROS GERMANOS. (en el mismo año)

MI AMIGO

**DON MARIANO ROCA DE TOGORES,
EN LA MUERTE DE SU ESPOSA.**

*Recuerde el alma dormida,
Arive el seso y dispierte
Contemplando,
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte
Tan callando.*

JORGE MANRIQUE.

Lloras, mi amigo, lloras, y tu llanto,
Me parte el corazón:
Como yo he padecido ese quebranto,
Te tengo compasión.

Perdiste la mujer que tú adorabas,
Que sobrado velóz
Te arrebató la muerte cuanto amabas,
Ya no oirás su voz.

Ya no has de verla mas puesta á tu lado
Graciosa sonreir,
Y al recordar que un tiempo fuiste amado,
No harás sino gemir.

Por ella ya no vibrarán las cuerdas
De tu dulce laud,
Que si vas á pulsarlo y la recuerdas,
Verás un ataud:

Y solo en tono triste y lastimero
Tu laud sonará:
Y ha de apagar tu voz un dolor fiero
Que el pecho oprimirá.

Y en vano buscará calma ese pecho
Que la herida sufrió:
En vano cuando pienses satisfecho
Que el mal desapareció:

Entonces recordando sus amores,
Su acento, su mirar,
Volverás á sentir fuertes dolores,
Volverás á llorar.

Llora, mi amigo, llora, que en la pena
Es el llanto consuelo;
Pues que al nacer el hombre le condena
A padecer el cielo.

Que días pasarán, y mas sereno
Pasará tu dolor,
Y calmará tu angustia de amor lleno,
Compasivo el Señor.

LICEO VALENCIANO.

Que ese Dios que nos manda por probarnos
Dura tribulacion,
Nunca nos deja, y para consolarnos
Nos da resignacion.

Resignate, amigo, sí,
No quieras con tu dolor
Acrecentar el rigor
Que prueba la suerte en tí:
Y piensa que si una esposa
Hoy el cielo te quitó,
Unos hijos te dejó,
Que con sonrisa amorosa
Corren hácia tí buscando
Que los cobije tu pecho;
Y si en lágrimas deshecho
Los recibes sollozando,
Por fuerza conocerán,
Pues no encuentran á su madre,
Que es lo que aflige á su padre,
Y de pena llorarán.
Y de los dos el llorar
Hasta el cielo ha de subir,
Y tu esposa lo ha de oír
Sin poderlos consolar.

Cese tu llanto pues, y oye á la madre
Que te encarga á sus hijos desde el cielo;
No les queda en el mundo otro consuelo
Que contemplar tu faz.
¡Ah! no turbes con lágrima importuna
El eternal sosiego de tu esposa,
Que se ostenta en el cielo bondadosa,
Que ya descansa en paz.

Jacinto Ronda.

CRÓNICA GENERAL.

Con fecha 17 de febrero, el secretario del Liceo de Madrid remitió al de esta ciudad unas bases para la union de los Liceos de España, que son las que á continuación insertamos. El Liceo de Madrid tan solo pedía la conformidad, puesto que era imposible la discusión de las citadas bases entre tantas corporaciones. Y en la última sesión ordinaria, habiéndose dado cuenta de ellas, el Liceo valenciano las aprobó. La idea de union entre los Liceos es una idea utilísima; por ello no dudamos que la aprobarán todas las demas corporaciones.

ACUERDO SOBRE UNION DE LOS LICEOS DE ESPAÑA.

Las sociedades literarias y artísticas que suscriben, convencidas del recíproco interés que los une, del idéntico fin á que se dirigen, han acordado lo siguiente:

1.º Todas las dichas sociedades serán desde hoy en adelante como partes de un mismo cuerpo, honrando recíprocamente á sus individuos, y contribuyendo simultáneamente á la mayor publicidad de sus trabajos.

2.º Siempre que un presidente de estas sociedades se hallase en pueblo donde hubiese otra corporacion, será tratado como socio de ella, y ocupará en

las solemnidades y sesiones públicas el lugar inmediato al presidente de la misma.

3.º Los vice-presidentes, conciliarios, presidentes de seccion y demas funcionarios de los Liceos, tendrán entrada como socios en las sesiones ordinarias y *extraordinarias de todas las sociedades de los pueblos por donde transiten.*

4.º Estas prerogativas no podrán disfrutarse sino durante dos meses; pero pasados éstos podrán pasar á la clase de socios, sin que sea necesaria presentacion ni calificacion alguna.

5.º Para disfrutar estas prerogativas, bastará una certificacion del secretario del Liceo ó sociedad á que el individuo pertenezca, acreditando su identidad y el oficio que egerza.

6.º Las obras literarias que se publiquen á espensas ó bajo los auspicios de una sociedad, se venderán en los salones de todas las demas, asi como tambien los cuadros, estátuas y demas producciones de sus socios.

7.º Para pago de portes de estos obgetos se atenderá á las estipulaciones que entre sí establezcan las sociedades, para cuyo fin quedan autorizadas las respectivas juntas gubernativas.

8.º El Liceo de Madrid satisfará desde luego, á mas del premio ó indemnizacion correspondiente, la conduccion de aquellas obras que obtuvieren premio ú *accesit* en los concursos.

9.º Siendo imposible la discusion y modificacion de estos artículos entre tantas corporaciones diferentes, se propone solamente su conformidad.

EL DUQUE DE GOL.

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO, POR DON MIGUEL VICENTE Y ALMAZAN.

Alabar las obras de nuestros amigos, y alabarlas con justicia, es por cierto doble deleite, porque al paso que se cumple con los derechos de la verdad, se *satisface una de las mas dulces necesidades del corazon.*

Nosotros asistimos á la representacion del drama del jóven valenciano Don Miguel Vicente; participamos al principio de la angustiosa zozobra que debia sentir el poeta presentando el hijo de su ingenio al dudoso juicio de un público numeroso: sacudió esta *pesadumbre*, y ensanchóse el corazon al resonar los primeros aplausos; creció con ellos el júbilo, y rayó casi en entusiasmo, cuando ardientes y numerosos gritos llamaban á la escena al jóven venturoso, en quien el público anhelaba victorear un poeta, y nosotros miramos un amigo. Debemos al Sr. Vicente, y antes que á él, debimos al Sr. Sabatér, que sintiese el corazon lo que ya adivinaba el entendimiento, á saber, que el deleite que resulta al ánimo de los triunfos de nuestros amigos, es el deleite por *escelencia suave, apacible, cuasi divino*, porque exento del orgullo que todo lo bastardea, nace de la admiracion y de la amistad; aquel entre los afectos del espíritu el mas puro, y éste el mas noble y desinteresado de los sentimientos del alma.

Tal deleite sentiamos mientras saludaba al Sr. Vicente un grito victorioso; grito que, siendo espontáneo, como lo fue, forma por sí solo el panegirico de un drama. Porque en verdad, hablar á un público de gusto no estragado, angustiarle con la duda, alentarle con la esperanza, enternecerle y aterrarle, entreteniendolo y avivando su descontentadiza curiosidad por espacio de tres horas, empresa nos parece difícil de llevar á cabo; y el drama que tanto alcance, si quiera adolezca por otra parte de algunos defectos, ha de encerrar en sí necesariamente *prendas merecedoras de alabanza.* No carece de ellos la composicion de nuestro amigo; empero, sin perjuicio de criticarlos en otra ocasion, cumpelenos ahora hablar únicamente de las bellezas que le grangearon tanta victoria. Justificar los aplausos del público será hacer del drama alto y cum-

plido elogio, porque rara vez se ha aplaudido el ensayo de un poeta con tanta efusión, y en nuestro concepto, con tan verdadero entusiasmo.

Desde el principio del drama vemos ya los personajes que han de suscitar en su discurso nuestra simpatía, nuestra aversión, ó acaso nuestra injuriosa indiferencia. Vemos á D. Juan, que, guiado por el amor entre las sombras de la noche, penetra á favor dellas en casa de D. Pedro; ¿y por qué? por oír sin ser visto el canto hechicero de Elena, y dejar en la pieza inmediata á la en que canta un ramillete de flores. Elena las verá; no sabrá tal vez qué mano allí las puso; mas bien podrá su corazón adivinar que es la de algun amante tímido y desgraciado: pero sus pasos han sido espiados; un ser misterioso, una muger que encierra en sí algun secreto de sangre, la dueña Beatriz advierte dello al Duque, amante desdeñado, pero esposo elegido de Elena por su padre D. Pedro. Acompañado de éste, sorprende D. Luis á su hermano, le aja en su furor, le huella y le abrumba, y arrojárale D. Pedro ignominiosamente de su casa á no acudir al rumor un noble caballero, casualmente hospedado en ella. Infeliz es D. Juan: abandonado en el mundo, fáltale hasta la insolente protección de su hermano: tenia en medio de su pobreza un tesoro, el secreto de su amor, y D. Luis lo ha descubierto.... D. Juan sabe otro secreto y lo calla.

Pero ved: en el instante mismo en que se siente infelicitísimo y se mira desamparado, la fortuna va á buscarle y el orgullo se le arrodilla á los pies. El huesped de D. Pedro, el que libró á D. Juan de una humillante desgracia, es D. Enrique, es el hermano de su padre, noble y riquísimo caballero, recién llegado de Italia. Aficiónase á su sobrino, cuyo corazón sondea; ofrécele su apoyo y sus riquezas, é interpondrá el influjo de éstas y la autoridad de su nombre para que deje D. Pedro á su hija la libre elección de esposo. Receloso de lo último D. Luis, y sabedor de lo primero, fuerza su orgullo hasta mendigar de su hermano una mentida reconciliación. D. Juan le abre sus brazos; mas al oír que se exige, como prenda de ella, su inmediata salida de la corte, siente el lazo á los pies, retrocede, y se niega. Furioso entonces el Duque, «hasta mañana» grita; D. Juan contesta tranquilo: «hasta mañana.»

Día fue este terrible; día en que se mezcló de un modo inefable la alegría al dolor, y la felicidad mas pura á la mas espantosa desesperación. Aguijado por la dueña Beatriz, manda D. Pedro á su hija que ame al Duque, amenazándola con el peso de su autoridad, contra la cual solo puede oponer Elena la elocuencia de sus lágrimas. Derramándolas está, cuando entran D. Enrique y D. Juan, aquel retirase con el padre, y éste se arroja á los pies de la hija. Ruega, insta, adora D. Juan; entreabre Doña Elena su corazón, y suspira porque no vé esperanza, y están ambos revelándose esos inefables misterios que únicamente saben el amor y el cielo, cuando á semejanza de negra nube que se adelanta empañando la dulce serenidad de un eter azul, á semejanza de Satanás apareciendo en el Paraiso, arrójase entre los atónitos amantes la pálida figura de D. Luis. Estalla, ruge, truena, y pone al fin una mano insolente en el semblante de su hermano. Escápanse entonces de los trémulos labios de D. Juan aquellas fatídicas palabras: «su madre mató á la mia;» echa mano á la espada, precipitanse fuera de casa los dos hermanos, van á batirse, á matarse. Mas ¿por qué grita, y se enfurece, y vuela al lugar del combate la misteriosa Beatriz?

D. Juan vence, desarma y perdona á su hermano; pero recibe á traición una herida de la mano alevosa de Beatriz, que debe sanar la suave y delicada de Elena. D. Enrique lo quiere así; cuenta una historia espantosa, revela á Don Pedro que D. Luis es un hijo ilegítimo, y que D. Juan es el verdadero Duque, y la voluntad por fin del padre de Elena confirma las esperanzas del amante, que á los pies de su amada está contemplando la felicidad en las palabras de sus labios, y el cielo en las miradas de sus ojos.

Rechazado por D. Pedro, afrentado por la bastardía de su origen, vencido además, y sobre todo perdonado, encuéntrase D. Luis solo con su orgullo y con su espantable protectora. Apodérase de su espíritu una rabia delirante, y como no vé en la tierra quien pueda vengarle, acude al infierno. Beatriz le ofrece venganza, y él la paladea en esperanza, como paladea un tigre la sangre de su presa. En aquella misma noche han de desposarse D. Juan y Doña Elena: Beatriz busca á un asesino, y envía á decir al amante, que le espera su amada en la capilla: mas por fortuna lo ha oído el criado de D. Juan, quien se adelanta con astucia diabólica á dar á D. Luis el funesto recado. Entra Don Luis, recibe un golpe errado de manos del asesino, se agita furibundo entre las sombras, tropieza con Beatriz, y le clava la espada en el corazón.... ¡Aquella muger era su madre!

¡Vos mi madre! esclama entre incrédulo y desesperado el Duque: y despues con todo el impetu de cien pasiones encontradas y embravecidas:

Hoy mi afrenta aplaudirán....
 ¡Qué suerte es la que me espera!
 ¡Bajaré de la alta esfera
 Al vil campo donde están
 Los séres sin nacimiento!
 ¡Se humillará el orgulloso,
 Que crecía poderoso
 De la fortuna al aliento!
 ¡Yo mirarme de repente
 Mucho menos que un villano,
 Y ante ese mi odioso hermano
 Tener que abatir la frente!
 ¡Yo no ser ya caballero,
 Y el desprecio merecer
 De los que honrábanse ayer
 En llamarme compañero!
 ¡No tener un apellido,
 Y la palabra escuchar
 De «bastardo» sin cesar
 Siempre zumbando á mi oído!

 Ya no soy Duque.... soy.... nada.
 Soy hijo de esa muger,
 Soy hijo de una malvada,
 Un crimen me ha dado el ser.
 Y para mayor tormento,
 Soy de mi madre asesino.
 ¡Cómo sufrir lo que siento!
 ¡Cómo sufrir mi destino!
 ¡Yo mismo me causo horror!
 Rábía, vergüenza, despecho,
 Desesperacion, dolor,
 A un tiempo rasgan mi pecho.
 Siento un ardor infernal
 Que las entrañas laeera....
 Del infierno es la señal
 Que de mi alma se apodera.
 Deteneos, aguardad,
 El Duque de Gol soy yo,

Obedeced y callad.
 (Como hablando con algunos que tiene
 al frente.)
 Esa muger que murió
 Nunca fue la madre mia;
 ¿No conoceis en mi frente,
 En mi orgullo, en mi osadia,
 Que soy noble descendiente?
 Debeis á D. Juan llevar,
 A él solo, pero á mí no;
 Creedme, puedo jurar,
 Que el Duque de Gol soy yo.
 (Calla un momento como si escuchára.)
 Mentís, villanos, mentís;
 Duque D. Juan no será:
 El Duque soy yo: ¿Lo oís?
 Yo lo soy, y baste ya. (Escucha otra vez.)
 Acabasteis mi paciencia:
 Apartad, turba infernal,
 Apartad de mi presencia,
 O à golpes de mi puñal....
 (Saca el puñal, y D. Juan, Muñoz y los
 criados se arrojan sobre él y lo sujetan.
 El Duque se agita furioso, creyéndose
 arrebatado por los espiritus infernales.)
 Traidores, no he de bajar:
 El pacto no está acabado,
 Y mi alma no os debo dar,
 Si á D. Juan no habeis matado.
 (Con fuerza.)
 Fuera, fuera, huid, soñadme:
 ¡Ah! (cae en brazos de los criados y
 llora) Piedad.... dejadme.... hoy...
 Soy el Duque.... respetadme....
 El Duque.... sí.... el Duque... soy....
 El.... Du.... que....
 (Espira. Doña Elena se cubre el rostro
 y D. Juan aparta la vista, llenos am-
 bos de horror y sentimiento.)

¡Qué elocuencia! ¡qué fuego! ¡qué lucha de pasiones! La vergüenza y el orgullo, la venganza y el terror mezclan sus horribles gritos en espantosa confusión.... Estamos cerca del infierno, porque miramos al réprobo.

Hé ahí una ligera idea del drama del Sr. Vicente: haremos acerca de él algunas observaciones, si bien, con disgusto nuestro, habrán de ser ceñidas y breves, merced á los estrechos límites á que debemos reducirnos. El bello trozo que hemos citado, dará bastante idea de su estilo y versificación: respecto de los personajes, preciso es confesar que están felizmente imaginados, y generalmente bien sostenidos. Humilde con nobleza es D. Juan, altivo hasta la ceguedad D. Luis, caballeroso D. Enrique, egoísta D. Pedro, Elena inocente y tímida, Beatriz friamente malvada. Por otra parte, la simple esposición de este drama (boceto que el autor ha animado con sus colores) da á conocer que el argumento es en extremo interesante, y está hábilmente tratado; que abunda en situaciones felices, y en lances que siempre producen en el teatro sorprendentes efectos. Pero hay en el fondo de él algo de mas noble que todo esto, algo de mas elevado, algo que conquistó principalmente el ánimo, y arrancó los aplausos de los espectadores. No veían estos solamente en el drama una simple querrela de amor, sino que comprendiendo además el pensamiento profundo del autor y las altas miras que se propuso, consideraron la lucha de el bien y el mal en su principio, siguiéronla en sus pasos, contempláronla en su fin. En D. Juan admiraron la humildad, en D. Luis detestaron el orgullo: aquella es la primera de las virtudes, este el mayor de los vicios. Feliz estuvo el autor en el desenvolvimiento de una verdad cristiana, y por tanto filosófica, puesto que mostró en la humildad la grandeza, y la debilidad en el orgullo. D. Juan es grande, porque le comunica su virtud, esa noble y tranquila resignación que parece ser el temple natural de las almas superiores: D. Luis es débil, porque el orgullo, locura del espíritu, llega á privarle de la razon, y hácele juguete miserable de pasiones tempestuosas. Una musa santa inspiró en esta parte al poeta; la misma sin duda hizole concebir otra idea que algunos, no lo dudamos, creerán ridícula, pero nosotros sublime. En el quinto acto del drama, no hallando el Duque en la tierra quien le vengue, acude, como digimos, al infierno, y á trueque de la sangre de su hermano, ofrece hasta su alma á las potestades infernales. Es de notar que la acción pasaba en el siglo XVI.

Tal pensamiento nos parece profundo: la humildad es la grandeza del hombre en Dios, la soberbia es el ensalzamiento del hombre en sí propio; el grado mas subido en la humildad nos absuelve en Dios, nos hace en cierta manera como Dios; el grado mas subido en la soberbia es el punto mas distante de la divinidad. Ahora bien: el furor habia llevado el orgullo del Duque á aquel grado, y arrastrádole necesariamente á este punto. Nos complacemos íntimamente al notar bellezas de orden tan elevado en el drama del Sr. Vicente, el cual, esperamos, no olvidará jamás que es deudor de ellas á la musa que los antiguos no conocieron, á la musa que apareció en el Calvario al lado de la cruz de Jesucristo.

Tiempo es ya de dar fin á este artículo, largo tal vez en demasía. El señor Vicente, que recibió del público valenciano muestras señaladísimas de aprecio, reciba ahora de un amigo la mas cordial felicitación. Con afortunada osadía ha puesto el pie en un sendero, á cuyo fin está la gloria; camine siempre, pero hácia delante, al esplendor de ella y al sonido de los aplausos.

Quizá en fuerza del deplorable desdén con que se mira á veces obras de estudio profundo, de la envidia que se martiriza despedazándolas, y sobre esto del espíritu de pandilla que todo lo corrompe, sentiráse alguna vez tentado á abandonar la palestra literaria, buscando la paz del espíritu en una dichosa oscuridad; pero no, no debe ceder á esa tentación poderosa, porque propio es de hidalgos corazones luchar con la ingratitude y la injusticia; caminar hácia la

perfeccion, fijos los ojos en la incorruptible posteridad, y tener siempre en los lábios aquellas hermosas palabras del primer poeta de nuestro siglo: *Ilustre y hermosa patria, deseo alcanzar un poco de gloria; pero lo deseo únicamente para aumentar la tuya.*"

Antonio Aparici y Guíjarro.

CRÓNICA DEL LICEO.

Para no incurrir en frecuentes repeticiones, que siempre cansan en la narracion de los trabajos del Liceo, nos limitaremos á decir que sus tareas ordinarias han seguido en todo este mes su curso regular sin la menor alteracion. Las cátedras de frances y de italiano, las de economía política, de historia y de comercio, van produciendo su fruto con la instruccion de la numerosa juventud que asiste diariamente á sus lecciones. Sobre todo la escuela de adultos, á cuya plantificacion damos toda nuestra preferencia, continúa con una constancia digna del mayor elogio, difundiendo aquellos conocimientos que mas contribuyen á la felicidad doméstica, base principal de la felicidad pública, entre la clase mas necesitada y numerosa de la sociedad, y por lo mismo mas acreedora á la consideracion de los gobiernos y de los Estados. No está lejos el dia en que podamos dar á nuestros lectores una noticia circunstanciada de los brillantes progresos que ha hecho esta institucion, y de los saludables resultados que con el tiempo ha de producir. También merece una especial mencion, y nosotros la hacemos de muy buena gana, la academia filarmónica, porque si algun dia pudo ser para muchos problemática la utilidad de este establecimiento, comparada con los dispendios que necesariamente debia originar, hoy son para todos evidentes sus ventajas, como palpables sus adelantos. Con efecto, los alumnos de aquella no se limitan ya solamente á cantar coros en las piezas que los tienen, como lo han hecho hasta aqui á satisfaccion de todos los que concurren al Liceo, sino que ademas han verificado sus primeros ensayos en las sesiones ordinarias de este mes las alumnas Doña Isabel García, Doña Patrocinia Inza y Doña Micaela Torrens, cantando algunas piezas con bastante gusto y buen estilo, que es el mejor elogio que podemos hacer de su aprovechamiento y de la buena direccion del maestro D. José Valero. Aqui pondríamos fin á nuestra crónica mensual, toda vez que las sesiones ordinarias y los trabajos de las secciones no ofrecen el mayor interés, sino reclamasen nuestra atencion las secciones de música y de declamacion. Hablaremos, pues, aunque sea muy someramente, de la sesion pública que se verificó en la noche del 23 del actual.

Principió esta por la representacion de la comedia en un acto, titulada: *A un cobarde otro mayor*. Si la pieza gustó mucho por los chistes y sales que contiene, gustó mucho mas por su desempeño; y los socios D. Gabriel Segura, D. Francisco Lloret, D. Manuel Argüello y D. Vicente Dolz, y las socias que tomaron parte en la misma, bien pueden estar satisfechos de haber llenado cumplidamente su deber, y muy particularmente el Sr. Segura, de quien ya hablamos con bastante detenimiento en una de las crónicas anteriores, acreditó en la egecucion del papel de D. Amadeo la mayor inteligencia y mas flexibilidad en el carácter de lo que nosotros le suponíamos, pues nunca hubiéramos podido concebir que tan fácilmente se acomodára á este género de papeles, y que sacára de ellos tan buen partido. El Sr. Lloret, á quien hemos tenido el gusto de ver por primera vez en la escena, representa con mucha naturalidad, y la propiedad con que egecuta descubre á primera vista lo bien que conoce la parte que desempeña. De las socias Doña Joaquina Puchalt y Doña Dolores Berrio, únicamente diremos que si ya en otra ocasion nos dieron

suficiente motivo para elogiar sus talentos dramáticos, mayor es el que tenemos hoy, y por ello las felicitamos de nuevo. Siguió á esto un duo de la ópera *La testa di bronzo*, cantado por los socios D. Juan Pujals y D. Fernando Ureta. Para dar una idea de su egecucion, nos referiremos en un todo á lo que digimos cuando se cantó por primera vez en el teatro del Liceo, añadiendo solamente para su satisfaccion, que cada vez es mayor el deseo que se siente de oír á estos dos apreciables socios.

La segunda parte de la funcion dió comienzo por la comedia en un acto *El gastrónomo sin dinero*, egecutada por la socia Doña Joaquina Lopez, y los socios D. Juan Antonio Almela, D. Eulogio Lloret, D. José Gisbert, D. Frutos Valdés, D. Mariano Royo, D. José García Cadena, D. José Mercé, D. Gabriel Segura y comparsas. La egecucion de esta comedia fue de las mas acabadas por parte de todos los actores, pero en particular por el Sr. Almela, que desempeñaba el difícil papel del gastrónomo, que sobrepujó todas nuestras esperanzas, y eso que teníamos formada la mas ventajosa idea de sus facultades. A muy grande altura se ha elevado el Sr. Almela; el público que concurrió á la sesion aquella noche conoce que no exageramos, y que nada nos seria tan fácil como probar el juicio que acabamos de emitir; pero él lo presenció, y á su dictámen sujetamos en un todo nuestro humilde parecer. Acto continuo se tocó á toda orquesta una brillante sinfonia de la ópera *Angélica*, del maestro Don José Valero, en la cual, como en todo lo demas que tocó aquella noche, acreditó la orquesta estar compuesta y dirigida por profesores inteligentes. Luego la señorita Doña Benita Marqués cantó una ária con coros de la ópera *La Somnámula*. ¿Y qué podemos decir de su egecucion? ¿Qué de los demas dotes de su canto?... Nada que sea bastante para los que la han oido; y á los que no han tenido la dicha de escuchar sus acentos melodiosos, seria imposible darles una idea aproximada. El que quiera saber lo que vale el canto, ese don del cielo destinado con razon al culto de la divinidad; el que quiera formar un juicio acertado acerca del mérito de esta ária, es preciso que se la oiga á la señorita Marqués. Si no temiéramos ofender su modestia, recargaríamos el cuadro cuál se merece; pero nos dispensará, al tiempo que pagamos el justo tributo á su distinguido talento, manifestemos tambien la admiracion y aprecio que nos inspiran las demas cualidades que la adornan, cuando por complacer al Liceo hizo hasta el sacrificio de su salud. Concluida el ária y corrido de nuevo el telon, se presentó el socio D. José Soriano á cantar una ária de la mencionada ópera *Angélica*, la que egecutó con bastante perfeccion, haciéndonos concebir con este su primer ensayo las mas lisongeras esperanzas, mucho mas cuando sabemos que ni aun tuvo la preparacion necesaria. Terminóse la funcion con la introduccion de la ópera *Gli arabi nelle gallie*, cantada por el socio D. José Mascarós, alumnos de la academia é individuos de la seccion. Brillante estuvo esta parte de la sesion, y le cabe todo lo que digimos al cantarse por primera vez en el Liceo, añadiendo únicamente que la hermosa cuanto atornadora voz del Sr. Mascarós nos parece cada dia mejor, siendo por otra parte muy grandes los adelantos que ha hecho en el poco tiempo que canta. No terminaremos este artículo sin manifestar nuestra gratitud á las alumnas de la academia é individuos de la seccion de musica, por la precision con que cantaron los coros, tanto los de la introduccion como los de la *Somnámula*.

Invitamos á todos los socios y socias que tomaron parte en la sesion que acabamos de referir, á que no nos escaseen la ocasion de tributarles nuestra admiracion, asi como invitamos tambien á las socias Doña Juana Vivas, Doña Manuela Garcés y Doña Francisca Aceña, que no tomaron parte, á que nos proporcionen pronto una funcion tan brillante como esta, pues ya tenemos deseos de celebrar su habilidad, y de aplaudir sus trabajos.

Pl. 7.



1. CURREROS SUEVOS A CABALLO. (en el año 406)
2. NOMBRAMIENTO DE UN CEFE FRANCO. (en el mismo año)